SS

SERVICIO SECRETO

BB

VOLCAN SIN FUEGO

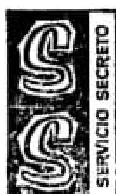
clark carrados

VOLCAN SIN FUEGO

CLARK CARRADOS

VOLCAN SIN FUEGO

Col. SERVICIO SECRETO n.º 704
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 27.999 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN: FEBRERO - 1964

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 5527/63

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
812 — Trampa mortal.

En Colección SERVICIO SECRETO:
699 — Muerte en el fichero.

En Colección BUFALO:
515 — Venganza fatal.

En Colección CALIFORNIA:
376 — Asesino y traidor.

En Colección COLORADO:
311 — Trampa sin salida.

En Colección TEXAS:
390 — De través sobre el caballo.

En Colección KANSAS:
246 — La herradura mellada.

En Colección BRAVO OESTE:
155 — Valle feliz.

En Colección PUNTO ROJO:
90 — Asalto a las nubes.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:
70 — Secuestro.



CAPÍTULO PRIMERO

El hombre era de mediana edad y aspecto innocuo Vestía correctamente, aunque sin lujosas exageraciones en la indumentaria y tenía todo el aspecto de catedrático del Instituto provinciano, que esperase a la novia madura y sentimental. Ocultaba sus ojos tras unas gafas de color ambarino y en la mano derecha llevaba un ramo de flores que olisqueaba con frecuencia, haciendo gestos de placer cada vez que aspiraba su aroma.

Estaba en un sitio muy céntrico de Salzburg, en la Bürgstein Strasse, cerca ya de la pequeña curva que queda casi frente al puente que atraviesa el Salzbach y que desemboca en la Rudolfs Kaistrasse, prácticamente en la puerta del Palacio de Justicia. Su amada debía ser poco aficionada a la puntualidad, puesto que el hombre llevaba ya allí más de una hora esperándola, sin que hasta el momento presente, ella hubiese dado la menor señal de vida.

Al otro lado de la calle, tras las cortinillas de una ventana, un hombre contemplaba al sujeto del ramito de flores. Estuvo un buen rato estudiándolo con toda atención y luego dijo a su acompañante que se iba al cuarto de baño.

—Volveré enseguida, preciosa.

—No tardes mucho, Barry —contestó ella en tono meloso e insinuante.

Era una joven de cabello muy rubio, ojos azules y formas rotundas, mal

cubiertas por un vaporoso salto de cama. Estaba sentada a medias en el lecho, balanceando una pierna fuera del mismo, de cuyo pie pendía una chinela de alto tacón. La joven movía la pierna lánguidamente, mientras comía bombones de una gran caja que tenía sobre el regazo. Sus facciones poseían cierta belleza, que resultaba notablemente atenuada por la expresión bovina de sus ojos. Sin embargo, al quedarse sola, la expresión cambió casi por completo y se hizo aguda y recelosa.

Esperó un momento, mientras miraba fijamente hacia la puerta, con un bombón sujeto con los dientes, sin atreverse a ingerirlo o a escupirlo. De pronto, con rápido movimiento, se puso en pie y corrió hacia una silla que se hallaba en un rincón de la estancia.

Sobre la silla había una gran bolsa de lona, con correas para sujetarla a la espalda, a modo de mochila. La joven desató las correas que aseguraban la cubierta de la lona y empezó a hurgar en su interior rápida y diestramente.

El registro duró breves momentos, quizá un par de minutos. Al terminar, la joven pareció sentirse defraudada. Una mueca de desprecio curvó sus labios pulposos.

—¡Qué desconfiado es! —murmuró a media voz.

De pronto se abrió la puerta. El joven entró en la habitación y, al verla junto a la mochila abierta, frunció el ceño.

—¡Hansi! ¿Qué haces ahí?

Ella se volvió rápidamente, con el rostro cubierto de carmín.

—Desde aquí se divisa un panorama espléndido, Barry. Me pareció que deberías llevar unos prismáticos en la mochila.

—¿Y… los has encontrado?

Hansi extrajo la bolsa de cuero que contenía el objeto indicado.

—Claro que sí, querido. ¿Puedo utilizarlos?

—Por supuesto, preciosa.

Barry se acercó al tocador y se examinó ligeramente el rostro. Sus ojos estaban rodeados por unos círculos violáceos. «Con tal de que el viejo no se fije demasiado en ellos», pensó, mientras se ajustaba el nudo de la corbata.

—El Gaisberg ofrece ahora un aspecto encantador, querido —dijo Hansi —. ¿No quieres mirar un poco?

—No, gracias. Más tarde, Hansi.

Ella continuó escrutando el paisaje a través de los prismáticos. Al cabo de un par de minutos, se los quitó de delante de los ojos. Barry se le acercó por detrás y aferró sus carnosos hombros con ambas manos, a la vez que hundía el rostro en el hueco del hombro y el cuello.

—Eres una chica maravillosa, Hansi —murmuró a su oído—. Lástima que tengamos que separamos.

—¿Tan pronto? —murmuró ella, con voz falsamente quejumbrosa.

—Claro. Ya te lo dije ayer tarde, cuando nos conocimos. ¿Recuerdas?

El amplio busto de la joven se dilató al suspirar ella profundamente.

—Sí, aunque continúo pensando que es una lástima que no te quedes más días en Salzburg. Los alrededores son preciosos y más ahora, en primavera. Tú y yo, querido...

—Es inútil, preciosa. Tengo que marcharme, ya lo sabes.

Barry se dirigió hacia la cómoda del tocador y cogió un paquete de tabaco que había sobre la cubierta de la misma. Se puso un cigarrillo entre los labios y lo encendió con visible placer.

—Es curioso —dijo Hansi de pronto, riendo.

—¿Qué es lo que encuentras curioso? —preguntó él sin dar demasiada importancia al asunto.

—El tipo ese de la acera de enfrente —contestó la joven—. Lo vi esta mañana, cuando me levanté. Estaba esperando a una mujer, la cual, por lo visto, no ha aparecido todavía. Aún sigue esperando.

Barry fingió indiferencia. Harto sabía que el fulano esperaba a alguien y no a una mujer, precisamente.

—La espera le va a volver loco, Barry —dijo Hansi, que estaba mirando a través de los prismáticos—. Fíjate, está hablando solo. Se acerca el ramo a la nariz para olerlo y habla como esas personas que se han vuelto locas y que...

Barry saltó hacia la ventana y le arrebató los gemelos a la muchacha.

—Déjame —pidió con voz repentinamente crispada.

El aparato óptico agrandaba enormemente las imágenes. El rostro del melancólico individuo apareció como si estuviese a un metro de los ojos de Barry, en lugar de hallarse al otro lado de la calle.

Estuvo observándolo atentamente durante unos minutos. De pronto, el individuo se acercó las flores a la nariz.

Para un observador casual que hubiese pasado en aquel momento por la calle o bien que hubiera estado situado exactamente frente al individuo, el gesto de oler las flores le habría parecido enteramente normal. Pero el hombre no estaba situado frente a la ventana tras la cual se hallaban Barry y Hansi, sino un poco más abajo, en dirección al puente, con lo cual su rostro aparecía de medio perfil y era posible verle el movimiento de los labios cada vez que aspiraba el perfume de las flores. Barry frunció el ceño.

De pronto, un relámpago de claridad iluminó su mente. ¡Ahora ya sabía por qué movía los labios el hombre!

Una vez que hubo llegado a la conclusión, no perdió tiempo en disquisiciones inútiles. Metió los gemelos en su funda y esta en la mochila, cuya tapa cerró de inmediato. Luego se puso la chaqueta.

—Hansi —dijo—, lo siento, pero tengo que marcharme —la besó suavemente en la mejilla—. Eres una chica maravillosa y lo único que

siento es no poder estar más tiempo junto a ti.

Ella hizo un pucherito como si fuese a llorar.

—Has sido tan amable y tan cariñoso, Barry... —se quejó.

—Me agrada que pienses así de mí, preciosa —Barry se dirigió hacia la puerta, pero de pronto se volvió sonriendo hacia ella—. Perdona, Hansi, pero me olvidaba de una cosa.

Metió la mano en el bolsillo y sacó un rollo de billetes, de los cuales separó unos cuantos, que entregó a la joven. Volvió a besarla, agarró la bolsa y salió de la habitación rápidamente.

Hansi contó los billetes.

—Quinientos *schillings* —dijo, haciendo una mueca—. No está mal; por lo menos, no se puede decir que es un tacaño.

Luego se acercó a la ventana y apartó ligeramente las cortinillas.

—¡Bah! ¡Un espía más! ¡Qué gente, vaya una manera de espiarse los unos a los otros!

El sujeto de las flores continuaba aún en el mismo sitio.

* * *

Barry llegó a la recepción de la pequeña pensión en que se había hospedado aquella noche y pidió la cuenta. Mientras se la preparaban, hizo que le trajeran el coche a la puerta de la casa, sin dejar de perder de vista ni por un momento al sujeto de las flores.

Un hombre salió de repente de la casa frontera, al otro lado de la calle. Tenía unos cincuenta años y aunque era alto y procuraba caminar erguido, sus hombros aparecían encorvados. El pelo era completamente blanco, aunque abundante, y en la mano derecha llevaba una gran cartera de piel.

Pasó por delante del hombre de las flores, sin concederle una mirada casual siquiera. Barry contempló la escena con toda atención, sin darse cuenta de que el encargado del mostrador le estaba presentando la factura.

—La cuenta, señor.

—¡Eh! ¡Ah, sí, claro! —murmuró Barry, saliendo de su estatismo. Sacó el rollo de billetes, arrojó una rápida mirada a la cifra final y separó la cantidad estipulada, añadiendo un billete de cincuenta *schillings,* como propina, gesto que el empleado acogió con no disimuladas muestras de gratitud. Acto seguido, atravesó la recepción y salió a la calle.

El hombre de los cabellos blancos embocaba en aquellos momentos el puente. El hombre de las flores se metió en un coche negro que le aguardaba a veinte metros más abajo. El coche arrancó inmediatamente, sin hacer el menor ruido.

Barry se metió en el suyo, un «Mercedes» corriente, pero con el motor rectificado, lo cual le permitía alcanzar doscientos kilómetros por hora con toda facilidad. Insertó la llave de contacto en la ranura correspondiente y la hizo girar. Segundos después, partía en seguimiento del coche negro.

Momentos más tarde, Hansi bajó, compuesta y emperifollada, a la recepción y se acercó al mostrador con gesto de hastío.

—Hola, Peter —dijo aburridamente—. ¿Me das un cigarrillo?

—¡Cómo no, señorita Hansi! —contestó el empleado obsequiosamente. Mientras le ofrecía lumbre, inquirió en voz baja—: ¿Qué tal el pájaro?

Hansi hizo una mueca.

—Imagínatelo, Peter.

—Claro. Otro espía, ¿eh?

—Sí, por supuesto.

—¿Qué es lo que alega este?

—Lector de alemán en Cambridge y ahora, claro está, de vacaciones en nuestro país.

—¿Te enteraste a quién seguía?

—Había un tipo con un ramo de flores en la acera de enfrente, un poco más abajo de la puerta. Me pareció conocerlo, aunque no podría asegurártelo, Peter.

—Sí, ya sé quién es —murmuró el recepcionista. Sus ojos brillaron de repente con fulgores de cólera—. Unos y otros han tomado nuestro país como campo de entrenamiento para sus espías. ¿Cuándo se degollarán los unos a los otros?

—No lo quiera Dios —dijo Hansi vivamente—. Hoy día, los cuchillos tienen filo atómico. Nos degollarían a todos también.

—Eso es cierto —convino el recepcionista—. Bueno, ¿qué vas a hacer?

—Pasaré el informe a S-1. Luego, allá se las apañen ellos.

—Tienes razón, Hansi —Una sonrisa apareció en los labios del recepcionista—. ¿Qué tal el inglés?

Ella sonrió también maliciosamente.

—Cuando menos, no se puede decir que escatime el dinero. Se ha portado generosamente, desde luego. Bueno, adiós, Peter.

El recepcionista hizo una profunda inclinación.

—Buenos días, señorita —deseó, adoptando de nuevo su papel de empleado.

Moviendo ondulantemente las generosas caderas, Hansi salió a la calle.

CAPÍTULO II

Laurie Spellton frenó el coche haciendo un gesto de malhumor. Observó el indicador de la gasolina; ¿cómo había podido ser tan descuidada para no haber llenado el tanque antes de abandonar Salzburg?

Miró en torno suyo. En aquellos momentos, la carretera de Ebenau a Hallein aparecía completamente desierta. Se preguntó por qué había seguido aquel itinerario. Claro que le habían indicado que la vista del lago Stau, con el monte Schwarz al fondo, era maravillosa y en ello tenía toda la razón el que se lo había dicho, pero por pura omisión estaba ahora sin combustible, varada en medio de la carretera a siete kilómetros de Adnet, la población más cercana en dirección al sur. Aquí y allí se veían, sin embargo, varias granjas esparcidas por el verde paisaje y la muchacha se dijo que quizá en alguna de ellas podría hallar unos litros de gasolina para continuar al menos hasta Adnet. Se apeó del «Jaguar», sintiéndose irresoluta por el momento.

A treinta metros del lugar en que se hallaba, la carretera hacía una pronunciada curva. El terreno estaba cubierto de pinos y abetos, salvo en los lugares llanos, pero en aquel sitio, a su izquierda, había un gran talud que cortaba la vista por completo si se miraba hacia atrás. Por encima de su cabeza se elevaban unas montañas, cuyo color parecía casi negro a causa de la espesa vegetación de coníferas. En primavera era un lugar delicioso... siempre que se dispusiera de la gasolina suficiente para poder continuar la marcha cuando pareciera conveniente.

Al cabo de un minuto de indecisión, resolvió llegarse hasta la próxima curva. Antes de arriesgarse a preguntar en alguna granja, prefería ver si pasaba algún automovilista a quién pedirle el favor de remolcar el coche hasta Adnet. Caminó con largas zancadas, ágilmente, aunque con gracia. Sus largos cabellos castaños pendían sueltos por detrás de sus hombros. Pese al disgusto que sentía, aspiró el aire perfumado a pleno pulmón. ¡Qué diferencia con la cargada atmósfera que ella estaba acostumbrada a respirar! Cuando estaba a mitad de la curva, oyó el ruido de un automóvil.

Aceleró el paso. Debía hacer las señas antes de que el coche que se aproximaba llegase a la curva. En la línea recta, podrían verla desde más lejos y parar.

Terminó la curva. Entonces vio un automóvil que corría a gran velocidad hacia ella, dejando tras sí una ligera estela de polvo. Detrás del automóvil, otro poderoso coche negro rodaba aún a mayor velocidad.

Las cosas se sucedieron con tanta rapidez que Laude no tuvo apenas tiempo de hacer otra cosa que detenerse en medio de la carretera, en

actitud expectante e irresoluta al mismo tiempo. El coche negro alcanzó al primero, lo rebasó y, mediante una hábil maniobré de su conductor, obligó al que lo precedía a pararse, bloqueándole el paso al empujarle hacia el talud.

Laurie contempló con los ojos muy abiertos la escena que se desarrolló a continuación. Un hombre de cabellos blancos saltó del primer coche y trató de adentrarse en la espesura boscosa. Tres más saltaron del segundo y corrieron en seguimiento del hombre de los cabellos blancos, alcanzándolo en un santiamén.

El perseguido se defendió, lanzando golpes a diestro y siniestro. Uno de sus perseguidores cayó, de pronto, agarrándose el vientre con ambas manos. Laurie se sentía aterrorizada.

Alguien levantó un puño cerrado. La resistencia del perseguido cesó casi en el acto. Su cuerpo se desmadejó inmediatamente. Los otros dos individuos le cogieron por debajo de los brazos y se lo llevaron a rastras hacia el coche negro, arrojándolo en su interior como si fuese un fardo.

Laurie estaba quieta en el mismo sitio, como si los pies se le hubiesen hundido de pronto en el suelo. Dábase cuenta de que estaba asistiendo al rapto de un hombre, aunque ignoraba en absoluto los motivos del mismo. Vagas y aterradoras historias de sujetos secuestrados por solo Dios sabía qué misteriosas causas, acudieron inmediatamente a su imaginación. Recordó oscuros asuntos de espionaje, torcidas narraciones en las que intervenían despiadados y sanguinarios agentes secretos, y ello le hizo sentir un intenso frío en la epidermis.

De pronto, el sujeto que había recibido el golpe en el estómago se levantó y la vio. Sus ojos brillaron con un relámpago de cólera. Gritó algo en un idioma extraño, a la vez que señalaba hacia ella con la mano. Un segundo individuo saltó en el acto fuera del coche.

A pesar de la distancia, Laurie pudo darse cuenta de la cicatriz que cruzaba su frente, desde el nacimiento del cabello hasta el centro de la ceja izquierda, partiéndola en dos mitades, como sendos guiones ortográficos, muy gruesos y cortos. El sujeto la miró durante unos segundos con gesto hostil.

Laurie sintió que su frío aumentaba. Había sido testigo de un rapto y a aquellos individuos no les convenía su presencia en aquel lugar. De pronto, como obedeciendo a una consigna, rompieron a correr hacia ella.

La muchacha dio media vuelta y echó a correr también, loca de terror. Si se hubiera quedado junto al «Jaguar», no habría presenciado el secuestro y, por tanto, aquellos malhechores no la habrían visto. Sin embargo, era ya demasiado tarde para hacerse reproches.

Se dio cuenta de que los forajidos la alcanzarían enseguida si seguía corriendo por la carretera. Giró súbitamente a su izquierda y empezó a trepar la ladera.

Oyó gritos a su espalda. Conocía el alemán perfectamente y también tenía algunas nociones de ruso, pero aquellos sujetos no hablaban ninguno de ambos idiomas. ¿Cuál era su nacionalidad?

Las espinas de un matorral se engancharon en su ropa. Tiró con fuerza y la falda se le desgarró, desde las rodillas a la cadera. Los altos tacones de sus zapatos le impedían correr como hubiera querido. Aparte de ello, la pendiente era notablemente pronunciada y la vegetación muy espesa. Esto último podía constituir una ventaja, si lograba hallar algún sitio donde esconderse.

Alguien la intimó en alemán a detenerse. Loca de espanto, Laurie continuó su carrera sin hacer el menor caso de las intimaciones. Una piedra le salió de pronto al paso y rodó por el suelo, afortunadamente cubierto de una espesa capa de césped que amortiguó en gran parte las consecuencias de su caída.

Se levantó rápidamente y continuó. Los gritos se oían ahora a derecha e izquierda, aunque todavía detrás de ella. Esto le dijo que los dos rufianes trataban de cogerla entre dos fuegos. Inesperadamente, la pendiente se acabó y Laurie salió a una especie de amplia meseta, con pocos árboles y solo un amplio espacio de hierba, sin el menor arbusto que pudiera servirle para ocultarse.

Sin embargo, al final de la meseta, a unos treinta metros de distancia, divisó un enorme matorral, al pie de un talud vertical de cuatro o cinco metros de altura. Creyó ver al otro lado del matorral el oscuro hueco de una cueva, un lugar magnífico para esconderse y permanecer allí, hasta que la situación se hubiera despejado.

Los extremos del talud eran redondos, como las alas de un pequeño anfiteatro, dando la sensación de que se trataba de dos enormes brazos que intentaban rodear su cuerpo, y descendían en rápida pendiente hasta confundirse con el suelo de la pequeña meseta. La cueva, si la había, se hallaba en la base y en el centro del talud.

Sintiendo su rostro cubierto de sudor, con el corazón latiéndole dolorosamente entre las costillas, Laurie, que había apreciado la situación del terreno en unos instantes, echó a correr hacia el oportuno refugio. Cuando estaba a mitad de camino, un hombre bajó corriendo por uno de los costados del talud y se situó delante de ella, cerrándole el paso.

Laurie se detuvo en el acto, con los ojos desorbitados por el horror. Las pupilas del sujeto, muy claras, como sendos bloques de hielo, la contemplaron malignamente durante unos segundos, en medio de un mortal silencio.

La muchacha dio un paso hacia atrás, aterrorizada. El forajido avanzó hacia ella, sonriendo siniestramente.

—No trates de escaparte, preciosa —dijo en un mal alemán, aunque claramente inteligible. ¿Qué clase de acento era el que tenían sus palabras?

De pronto, un hombre apareció en lo alto del talud. Sin poder contenerse, Laurie lanzó un grito.

—¡Por favor, estoy en peligro! ¡Socórrame!

El forajido se volvió instantáneamente. Al ver al otro en el borde del terraplén, lanzó un extraño juramento. Su mano voló al interior de la chaqueta.

El otro se le anticipó con gesto fulgurante. Sacó algo parecido a una pistola de largo cañón, terminado en una extraña protuberancia de forma cilíndrica. Laurie vio brillar un pálido fogonazo, envuelto en un ruido de escaso volumen, como la palmada de una mano contra un muslo.

El rufián giró violentamente sobre sí mismo, mientras sus piernas empezaban a doblarse. Pese a todo, cayó con tanta lentitud que Laurie pudo contemplar perfectamente el negruzco orificio abierto en su frente por el proyectil y la horrorizada expresión de su rostro, cuyas facciones aparecían deformadas por el espanto que le había producido una inesperada situación que no había tenido tiempo de dominar.

Laurie sintió que se le doblaban las piernas. Buscó el apoyo de un árbol y necesitó agarrarse al tronco con ambas manos, para no derrumbarse al suelo. El forajido yacía muerto de bruces sobre el césped, con la pierna derecha recogida bajo la izquierda. Morbosamente fascinada por la escena, Laurie observó maquinalmente que el individuo llevaba puestos unos horribles calcetines amarillos.

El hombre bajó corriendo del talud. Laurie se ahogaba.

—Ha... hay otro... po... por ahí... —balbució, sabiéndose lívida y descompuesta. Sentía unos horribles deseos de vomitar, pero estaba haciendo todos los esfuerzos posibles para no dar un espectáculo.

—No se mueva de aquí —dijo el hombre. Era joven, de rostro agraciado y enérgico y de fuerte complexión, no demasiado alto, aunque en modo alguno un enano. Sus ojos despedían una luz de ayuda y consuelo que alivió no poco a Laurie—. Volveré en un minuto —y echó a correr.

Laurie se soltó del árbol y volvió la espalda al cadáver. Inspiró varias veces profundamente, tratando de recobrar el equilibrio de sus nervios desquiciados por la reciente escena. Sintióse tentada de escapar de aquel lugar, aunque inmediatamente se dijo que debía permanecer en el mismo sitio. Quizá aquel hombre joven era un policía y quería interrogarla. En tal caso, su obligación era ayudarle.

El hombre volvió momentos después, con una expresión decepcionada en el rostro.

—¡Se han marchado! —exclamó.

Ella le dirigió una mirada opaca.

—¿Qui... quiénes eran? —preguntó.

—Oh, eso importa poco ahora, señorita —contestó el joven, sonriendo brillantemente. Laurie observó que no parecía sentir el menor

remordimiento por la muerte que había causado momentos antes—. Me llamo Hoffer, Franz Hoffer, aunque los amigos me llaman Zisk.

—Laurie Spellton —dijo ella, todavía muy alterada—. Gracias por su intervención, señor Hoffer.

—¿Inglesa? —preguntó el joven.

—Sí. Bueno —se corrigió ella rápidamente—, escocesa. De Dumfries.

—Bonito país —comentó Hoffer en tono natural. De pronto, preguntó —: ¿Ha visto lo que ha pasado, señorita Spellton?

—Sí, por desgracia mía —contestó ella—. Ha sido... ha sido algo horrible, se lo aseguro, señor Hoffer.

—Me lo imagino. ¿Puede contármelo?

—Por supuesto. Me encontré, de pronto, sin gasolina allá abajo y me acerqué al otro lado de la curva para ver si podía pedir auxilio a algún automovilista. Entonces vi que un coche negro perseguía a otro que corría a gran velocidad. Cuando lo alcanzó, un hombre de cabello blanco saltó al suelo e intentó escapar. Entonces, tres hombres se le echaron encima y lo redujeron a la impotencia, metiéndolo en el coche negro. Luego me vieron y echaron a correr, supongo que para secuestrarme también. Escapé de ellos... traté de escapar —se corrigió la joven—, pero hubieran terminado dándome alcance a no ser por su intervención, señor Hoffer.

El joven asintió con gesto reflexivo.

—Sí, me suponía que algo de lo ocurrido iba a pasar por estos parajes, aunque no imaginé nunca que fuesen tan contundentes. ¿Pudo fijarse en alguna característica especial de alguno de los otros dos individuos?

Laurie trató de hacer memoria.

—Sí, desde luego —exclamó—. Ahora lo recuerdo. Uno de ellos tenía una extraña cicatriz en la frente, en el lado izquierdo. Le llegaba hasta la ceja y la partía en dos. Las cejas eran muy espesas y negras.

—Una ceja partida —murmuró Hoffer en tono meditabundo—. No recuerdo ningún individuo de semejantes características, aunque... —se interrumpió con una amplia sonrisa—. Muchas gracias por sus informes, señorita Spellton. Le aseguro que la descripción que nos ha hecho de ese individuo nos será de gran utilidad.

—Lo celebro mucho —contestó ella—. Pero, dígame, señor Hoffer, ¿quién es usted? ¿Acaso un... un policía?

El joven volvió a sonreír.

—Algo por el estilo, señorita Spellton. Sin embargo, no debe preocuparse más de mi identidad. Si no tiene inconveniente, la llevaré al lugar que crea más oportuno para sus planes. Dijo antes que se quedó sin gasolina.

—Ciertamente. Mi coche está a poca distancia, abajo, en la carretera.

—Muy bien. Aguárdeme un momento, ¿quiere?

Hoffer dio media vuelta y emprendió el ascenso del talud. Todavía muy

sorprendida, Laurie le vio desaparecer al otro lado de unos matorrales.

Hoffer tardó unos minutos en volver. Cuando lo hizo, llevaba a su espalda una caja cuadrada, enfundada en una lona gris. La caja parecía bastante pesada, pero él la transportaba con notable soltura. Laurie se dio cuenta al instante del contenido de la caja: un transmisor de radio, pero, discreta, se abstuvo de formular el menor comentario.

—Vamos —dijo él, lacónicamente.

—¿Y... y él... él...? —Laurie señaló hacia el cadáver, sin atreverse a mencionar la palabra fatídica.

—No se preocupe —contestó Hoffer—. Ya vendrán a recogerlo. Ahora volvamos a la carretera.

CAPÍTULO III

Un «Mercedes» negro apareció, de pronto, por la curva de la carretera, deteniéndose junto al «Jaguar» de la muchacha. Dos hombres se apearon del coche, uno de los cuales transportaba en la mano una gran late llena de combustible.

Habían pasado más coches en el intervalo, pero Hoffer no había querido detener a ninguno de ellos, alegando que pronto vendrían unos amigos suyos a recogerles. Laurie se había imaginado bien pronto qué clase de amigos eran los que había mencionado Hoffer. Sin embargo, fiel a su primera promesa, se había abstenido de formular la menor pregunta. Dábase cuenta de que involuntariamente, se había metido en un asunto oscuro y peligroso —como lo demostraba la muerte de uno de sus perseguidores—, y, en aquellos momentos, lo único que ansiaba era terminar cuanto antes.

—Hola, Zisk —saludó uno de los recién llegados.

—¿Qué tal, muchachos? Os presento a la señorita Spellton, de Dumfries, Escocia. Señorita Spellton, estos son Paoli y Lieser, dos buenos amigos míos.

—¿Cómo están? —saludó ella.

—Encantados —dijeron los dos al unísono. Luego, Paoli añadió—: Recargaré el depósito del «Jaguar».

Mientras Paoli reponía el combustible, Hoffer se llevó a Lieser aparte. Disimuladamente, Laurie los observó, dándose cuenta de que hablaban en voz baja y con bastante rapidez. Hoffer era el que llevaba casi todo el gasto de la conversación, en tanto que Lieser se limitaba a asentir con la cabeza. Al cabo de un par de minutos, Hoffer regresó junto a la muchacha.

—Bueno —dijo—, ya estamos. Paoli, ¿has terminado?

—Un momento, Zisk. Voy enseguida.

Hoffer sonrió.

—Supongo que no le importará llevarme en el coche, señorita Spellton.

—Por supuesto. ¿A dónde quiere que le lleve?

—Si no me equivoco —dijo él—, usted se dirigía a Radstadt.

—Sí, es cierto —respondió la muchacha.

—Desde aquí, hay unos cincuenta y tres kilómetros. Sin prisa, a fin de poder admirar el paisaje, podemos llegar en poco más de una hora —Hoffer consultó su reloj—. Son las once de la mañana. Incluso podemos detenernos en el cruce de la carretera que está a cinco kilómetros al Este de Hüttan. Conozco allí una posada donde sirven unas salchichas estupendas y unas maravillosas chuletas de cordero, que podemos regar

con cerveza o vino del Rhin, a elección. ¿Qué le parece el plan, señorita Spellton?

—Magnífico —contestó ella, sonriendo.

Hoffer la tomó por el brazo y se la llevó al coche.

—Eso la hará olvidar el mal rato que ha pasado. ¿Listo, Paoli?

—Listo, Zisk.

—Gracias, muchacho —con gesto confianzudo, Hoffer se sentó tras el volante del «Jaguar» y dio el contacto—. Ya nos veremos.

—De acuerdo. Y que te diviertas, Zisk.

Laurie se sonrojó levemente. Pero no tuvo tiempo de hacer el menor comentario, porque Hoffer arrancó inmediatamente, con tanta brusquedad que su espalda quedó completamente pegada al respaldo del asiento.

⋆ ⋆ ⋆

Laurie empezaba ya a cansarse de tanto esperar.

Llevaba ya tres cuartos de hora, sentada en una salita decorada con muebles antiguos del país, desde cuya ventana se divisaba en todo esplendor la mole del Rossbrand, casi encima mismo de la ciudad. Pero todo cansa en este mundo, máxime cuando, si miraba a la derecha de la ventana, Laurie volvía a ver el monte, reproducido en un antiguo cuadro al óleo, pintado con más buena voluntad que arte.

Hoffer, o Zisk, como se había empeñado él que le llamase, le había dicho, después de almorzar en la posada del cruce, que tenía que hacer una visita a unos amigos, a quienes pensaba presentarla. En vista de que la cosa no parecía ofrecer la menor importancia, Laurie había aceptado la sugerencia del joven, pero ya empezaba a arrepentirse, a causa de la espera que se le hacía demasiado prolongada.

Por supuesto, ella no había creído ni por un momento que los amigos que había citado Hoffer eran tales, en el estricto sentido de la palabra. Debía tratarse de policías, eso no había quien se lo quitase de la cabeza, sobre todo, después de lo ocurrido. Aún se estremecía, recordando la persecución de que había sido objeto y la espantosa muerte de uno de sus perseguidores. Era la primera vez que veía morir violentamente a alguien y Laurie tenía la impresión de que guardaría durante mucho tiempo el recuerdo de aquel individuo tendido de bruces y manchando el verde césped con su sangre.

Hurgó en su bolso, buscó una posición más cómoda en su asiento y prendió fuego a un pitillo. Era forzoso esperar; no tenía ganas de que lo que hasta ahora había sido cortesía se transformase en incomodidades si eludía la ayuda a... ¿qué clase de policías eran Hoffer y sus amigos?

Uno de los amigos de Hoffer era coronel, aunque habitualmente vestía de paisano. El otro tenía el rango de capitán. El primero se llamaba Sultzau y el segundo Kersch. Tanto el coronel, como el capitán y, por descontado,

el propio Hoffer, estaban muy preocupados. Incluso habían llegado a olvidarse de la joven que esperaba en la antesala.

El coronel Sultzau meneó la cabeza.

—¡Hum! —gruñó—. El plan que me sugiere usted es muy arriesgado, Hoffer.

—Pero viable, señor —alegó el joven—. Fíjese en que todo había salido bien; incluso pareció como si hubiésemos puesto a la chica de cebo para esos tipos.

—Pero escaparon con el profesor Mihályi.

—Sin embargo, están todavía dentro del país.

—¿Cómo puedes afirmarlo tan rotundamente, Zisk?

La pregunta procedía del capitán Kersch. Hoffer volvió la vista en aquella dirección.

—Porque solo pueden escapar por un punto… y ese punto está a muchos cientos de kilómetros de aquí. No pueden utilizar la frontera italiana, ni la suiza, ni la yugoeslava. Por tanto, solo les queda un sitio por el cual salir del país.

Sultzau asintió pesadamente.

—En eso tiene usted razón. Pero aun así, la distancia a la otra frontera no es excesiva, apenas poco más de trescientos kilómetros, que un buen coche podría recorrer fácilmente en cuatro horas.

—Por supuesto, siempre que usara las grandes carreteras. Pero eludirán las vías de mucho tránsito y marcharán por las carreteras de tercer orden. Esto, si no dejan pasar algunos días, a fin de dejar «enfriar» la cosa y salir luego con toda tranquilidad.

Sultzau se frotó la mandíbula vigorosamente. Pero su gesto trataba de encubrir la indecisión que le poseía.

—Es posible que las cosas se desarrollen como usted dice, Hoffer, aunque también es posible que se lancen a la desesperada, intentando ganar tiempo como sea.

—Para eso utilizarían un avión ligero, señor —observó el joven.

Sultzau renegó entre dientes. Luego, dijo:

—De todas formas, importa menos el profesor Mihályi que el otro asunto. Este es muchísimo más importante para nosotros, Hoffer. Es a «otros» a quienes interesa la personalidad del profesor.

—Señor —dijo Hoffer—, no quisiera parecer presumido, pero me parece que ambos asuntos tienen una estrecha relación entre sí.

—¡Hum! —dijo el coronel. Miró al otro—. ¿Kersch?

—Es posible —concedió el aludido, aunque sin mucho convencimiento.

—Sí, quizá —murmuró Sultzau—. Bien, y en todo caso, Hoffer, ¿qué es lo que haría usted?

—Le diría a la chica que nos espera afuera que nos ayudase. Podríamos hacernos pasar por una pareja en viaje de turismo. Esto contribuiría a dar

la impresión de que buscamos únicamente rescatar al profesor Mihályi, cuando lo que de veras nos interesa es lo otro.

—Pero, si pudiéramos rescatar también a Mihályi... —murmuró Kersch.

—No estaría mal, desde luego —convino Hoffer—. Y a mí me gustaría echar una parrafada con el profesor. Personalmente, aunque acaso sea una afirmación un tanto aventurada, me parece que Mihályi es un tipo que quiere aprovecharse de las circunstancias para llevar el agua a su molino.

Sultzau enarcó las cejas.

—¿Qué es lo que quiere decir usted, Hoffer? —inquirió, bastante sorprendido.

—No lo sé aún con exactitud —contestó el joven—. Es... más bien un presentimiento, no una afirmación positiva. Pero no me extrañaría nada que Mihályi esté jugando con dos barajas... o haya jugado, al menos, y ahora trate de escabullirse, escudándose en cuestiones que nada tienen que ver con la política, aunque unos y otros la pongan por delante como pretexto.

El coronel volvió a mirar a Kersch.

—¿Qué opina usted del asunto?

—No lo sé a ciencia cierta —respondió el aludido—. Estoy aún terriblemente confuso, pero hemos de partir de un principio: no todos los que escapan hacia aquí lo hacen impulsados por motivos que podríamos llamar puros. Convendría, en efecto, echar el guante a Mihályi y comprobar lo que haya de cierto en las sospechas de Zisk.

—De acuerdo —Sultzau movió vigorosamente la cabeza—. Haremos que la chica le ayude. Así podrán pasar mejor inadvertidos. Ella dijo que había visto a uno de los sujetos que la persiguieron con toda claridad, ¿no es eso?

—Sí, señor. Dijo que tenía una cicatriz inconfundible en el lado izquierdo de la frente que le partía la ceja del mismo lado.

—¡Hum! Quizá sea el jefe de la organización, ese tipo a quién tenemos señalado como «G-2».

—A mí me parece que no —dijo Hoffer.

—¿Por qué? —quiso saber Kersch.

—Porque su misma cicatriz le hace bastante conspicuo y en una organización semejante, el jefe ha de pasar inadvertido, quiero decir que ha de tener un aspecto fisonómico normal y corriente. Por lo visto, la cicatriz de ese tipo le hace destacar como una mosca en un plato de leche.

—En eso tienes razón, Zisk —concordó Kersch—. No obstante, «Cicatriz», podemos designarle así hasta que conozcamos su nombre verdadero, puede ser el hombre de confianza de «G-2», el tipo que lleva a cabo los trabajos más difíciles y de mayor responsabilidad.

—En tal caso, echándole el guante a él, tendríamos andado el cincuenta por ciento del camino —arguyó Hoffer.

—Muy bien —resumió el coronel—. Por tanto, no hay más que hablar, Hoffer. Salga afuera y tráigase a la chica. Le explicaremos lo que pasa, sin grandes detalles, y le pediremos que trate de ayudamos —Sultzau sonrió maliciosamente, a la vez que miraba al joven—. Sobre todo, si se lo pide usted, no creo que nos niegue su cooperación.

Kersch se echó a reír.

—No hay chica guapa que se le resista. Y la inglesita no iba a constituir la excepción, ¿verdad, Zisk?

—Es escocesa —farfulló el joven, un tanto confundido por las bromas que era objeto.

—Pero no por ello deja de ser una chica guapa —contraatacó Kersch—. En casos así no importa mucho la nacionalidad, ¿verdad?

Hoffer movió la mano.

—Oh, basta ya de chanzas. Aguarden un momento.

Se dirigió hacia la puerta y la abrió, franqueando el umbral al mismo tiempo que decía:

—Señorita Spellton, ¿quiere usted...?

Hoffer se interrumpió de pronto. Abrió la boca durante unos instantes y luego, tremendamente desconcertado, se volvió hacia los otros dos hombres.

—¡No está! —exclamó.

CAPÍTULO IV

Con vivo gesto de enojo, Laurie aplastó su enésimo cigarrillo contra el cenicero. Púsose en pie y sé alisó la falda por las caderas con gesto maquinal. Hoffer estaba tardando demasiado. ¿Tan importante era la conversación que sostenía con los hombres que había en la habitación de al lado?

Estaba harta de mirar ya el Rossbrand al natural y en el cuadro. El paisaje era precioso, más al natural que artificialmente, por descontado, pero su capacidad de contemplación se había agotado. En vista de ello, se acercó a la ventana y bajó la vista hacia la calle, contemplando durante unos momentos el ajetreo del tránsito.

Estuvo así cinco o diez minutos. De pronto, sintió que los ojos se le saltaban de las órbitas.

Un coche acababa de detenerse casi frente a ella, un poco a su derecha, junto a la acera opuesta. Era un automóvil gris, de cuatro plazas; le pareció se trataba de un «Skoda» checoeslovaco, aunque sin poder asegurarlo. Pero no fue el coche lo que le extrañó, sino la persona que acababa de apearse del mismo y que, con paso rápido, penetraba en una tienda que había frente al automóvil.

Todo su cuerpo sufrió un vivo estremecimiento al reconocer al hombre de la cicatriz. Sí, era el mismo, no cabía la menor duda. Pero, ¿qué hacía allí, en un lugar tan céntrico? ¿Y el secuestrado?

El coche estaba vacío, lo cual significaba que el hombre de los cabellos blancos había sido conducido a Dios sabía qué misterioso lugar. Una enorme excitación se apoderó de la muchacha, haciéndole olvidar por completo el peligro que había corrido.

Se mordió los labios, terriblemente irresoluta. ¿Debía llamar a los hombres que estaban en la habitación vecina? Pero quizá no debía interrumpirles; la conferencia duraba ya más de una hora y no tenía trazas de acabar. De pronto, impulsada por un motivo extraño que no se detuvo a analizar, giró sobre sus talones y echó a correr hacia la puerta.

Mientras descendía los escalones, abrió el bolso y sacó del mismo unas gafas oscuras. Luego, se detuvo un instante en el portal para atarse un pañuelo de seda en torno a la cabeza. Pensaba que dos elementos tan corrientes podrían ayudarle a pasar mejor desapercibida. «Cicatriz» la había visto sin gafas y con los cabellos sueltos. Su aspecto, ella lo sabía perfectamente, cambiaba por completo ataviada de aquella manera.

El «Jaguar» estaba a pocos pasos de la puerta. Pero Laurie no tenía intención de utilizarlo. El secuestrador podía haberlo visto al escapar y

reconocerlo si se daba cuenta de que era perseguido.

En aquel momento, «Cicatriz» salió de la tienda con una gran bolsa de papel en las manos. El aspecto de la bolsa era típico; no cabía la menor duda de que estaba atestada de víveres. Esto le dijo a la muchacha que debían tener guardado a su prisionero no lejos de allí y que si llevaba tantos víveres era porque necesitaban alimentos para, al menos, unos cuantos días.

El hombre de la cicatriz se sentó tras el volante del «Skoda». El coche arrancó inmediatamente. Casi en el acto, un pequeño «Volkswagen» negro, que estaba aparcado unos metros más atrás, empezó a rodar tras el anterior. Pero la muchacha no se fijó en el segundo vehículo. Cuando el «Skoda» pasó por delante de ella, bajó la cabeza instintivamente, fingiendo estar muy ocupada en buscar algo en el bolso, aunque sin perder de vista al hombre de la cicatriz.

Un taxi pasó en aquellos momentos por delante de ella. Laurie levantó la mano y el coche se detuvo.

Entró en su interior al mismo tiempo que decía:

—Delante de nosotros va un automóvil gris. Haga el favor de seguirle.

—Muy bien, señorita —el taxista sonrió maliciosamente. Alguna esposa celosa en seguimiento de un marido casquivano. No era la primera vez que le formulaban una petición semejante. Localizó con la vista el coche indicado y procuró seguirlo discretamente.

Salieron de Radstadt en dirección este, pero a trescientos metros, derivaron hacia el sur, por la carretera de Mautendorf, siguiendo el curso del río Taurach. El tránsito era bastante intenso, por lo que Laurie confiaba en no ser advertida.

A unos dos kilómetros del cruce, el coche gris se metió por un caminillo bordeado de álamos. El «Volkswagen» siguió adelante.

Él camino serpenteaba en ascenso. Laurie dudó unos momentos y al fin hizo detenerse al taxista unos doscientos metros más adelante, en un lugar desde el cual podía ver claramente el curso del camino, merced a la doble hilera de árboles. Al final de los mismos divisó un espeso bosquecillo de abetos, por encima de cuyas copas vio sobresalir la estructura cuadrada de una chimenea de piedra.

Entonces tuvo la seguridad de que el hombre de los cabellos blancos estaba oculto en aquella casa. Por encima de la misma se divisaban las blancas crestas de las estribaciones septentrionales de la cordillera Radstadter Tauern, cayendo casi a plomo sobre la casa, lo cual quería decir que detrás de la misma no había más edificios. Laurie supo así que los secuestradores no podían haber ido más lejos.

—Vuelva a la ciudad, al mismo sitio donde tomé el coche —ordenó.

Veinte minutos después, el taxi se detenía frente a la puerta de la casa donde la muchacha había sido conducida por Hoffer. Su «Jaguar»

continuaba en el mismo sitio. Abonó la carrera y saltó al suelo, justo en el momento en que un «Volkswagen» negro se detenía a diez o quince metros de distancia.

Laurie observó el detalle y frunció el ceño. Tenía una vaga idea de que, durante todo el trayecto, un «Volkswagen» negro había rodado entre el «Skoda» y el taxi. Pero había muchos «Volkswagen» análogos. ¿Por qué sospechar del que se había detenido casi al mismo tiempo? Sin embargo, se sintió preocupada.

Entró en la casa y subió al primer piso. La puerta estaba cerrada. Tocó el timbre de llamada varias veces, sin obtener la menor respuesta. De pronto, se abrió una de las otras puertas del rellano.

—¿Busca a alguien, señorita? —preguntó una gruesa mujer, muy pintarrajeada.

—Sí. Busco a... —Laurie se mordió los labios, dándose cuenta de que había estado a punto de cometer una imprudencia—. Busco a la señora Maier —dijo, con la mejor de sus sonrisas.

La mujer meneó la cabeza.

—¿Maier? —repitió—. El nombre no me suena, señorita. Sin duda, se ha confundido usted de casa. Ese piso hace meses que está deshabitado.

—Oh, dispénseme —Laurie hizo una inclinación de cabeza y se dirigió a la escalera. El aspecto de aquella mujer le repugnaba—. Muchas gracias, señora.

Salió a la calle y miró a derecha e izquierda. No se veía el menor rastro de Franz Hoffer. ¡Y era tan importante lo que tenía que decirle!

Se mordió los labios, irresoluta, sin saber qué hacer. Habían llegado juntos a Radstadt, encaminándose directamente a aquella casa, cuyo aspecto lo era de todo menos de hallarse deshabitada. Pero no habían establecido un acuerdo sobre el lugar donde debían alojarse. Por tanto, ahora, la dificultad estribaba en hallar a Hoffer. ¿Dónde había podido meterse el joven?

Casi al cabo de un minuto de indecisión, montó en el «Jaguar» y arrancó. Miró disimuladamente a través del retrovisor; el «Volkswagen» acababa de ponerse en marcha. Ahora ya no le cupo la menor duda de que estaba siendo seguida.

Por un momento, sintió la tentación de echarlo todo a rodar y lanzarse carretera adelante, hacia el oeste, huyendo de todo aquello, pero no tardó en desechar la idea. Una cierta ansia de aventura se había apoderado de ella y quería seguir hasta el final, aun reconociendo los riesgos que podía correr.

Poco más adelante, encontró la muestra de un albergue, el «Burghotel». Detuvo el coche y penetró en el establecimiento. Con el rabillo del ojo pudo darse cuenta de que el «Volkswagen» acababa de detenerse también y que de su interior saltaba un hombre joven y no mal parecido.

Estaba segura de que el individuo pediría también alojamiento en el mismo hotel, y así resultó. Mientras cenaba, una hora más tarde, lo vio sentado ante una mesa situada a discreta distancia de la suya. Le pareció que el joven era compatriota suyo, pero no podía asegurarlo, ya que una o dos veces le oyó hablar con el camarero y pudo darse cuenta de que el alemán que empleaba era perfecto.

Después de cenar subió a su habitación. Sentíase cansada y quería dormir mucho. Lo único que la preocupaba era el desconocimiento del paradero de Hoffer. Pero no tenía la menor idea de dónde podía hallarse el joven en aquel momento. Se preguntó por qué no le habría avisado de su partida aun a riesgo de interrumpir la conversación, pero era ya tarde para lamentaciones.

Momentos después, dormía profundamente. De pronto oyó unos fuertes golpes en la puerta de su cuarto.

Se despertó sobresaltada, sintiendo que el corazón le latía violentamente. Encendió la luz y se sentó en la cama, temblando de pánico durante unos momentos. ¿Y si era el hombre de la cicatriz? Pero no, no podía ser él; en tal caso, no habría armado semejante alboroto.

—¡Espere un momento! —gritó. Consultó el relojito de pulsera que había dejado sobre la mesa; eran casi las dos de la madrugada. «Sí que he dormido», pensó maquinalmente, mientras se calzaba unas chinelas y se envolvía en un salto de cama.

Fue hacia la puerta y la abrió.

—¡Zisk! —exclamó.

El joven penetró rápidamente en la habitación y cerró a sus espaldas. La expresión de su rostro no expresaba contento, precisamente.

—¿Dónde se ha metido usted? ¿Por qué se marchó sin avisar?

—Un momento —dijo ella—. No me venga ahora con reproches, Zisk. Eso de tenerme esperando más de una hora, sin decir esta boca es mía, no tiene nada de agradable. Al menos, para mí —contestó ella, enojada.

—Teníamos algo muy importante de qué hablar... Está bien, le pido perdón, pero dígame dónde fue. He estado buscándola como un loco por toda la ciudad.

—Pues el «Burghotel» no es de lo menos conspicuo —dijo Laurie—. Tengo entendido que es uno de los mejores hoteles de la ciudad, de modo que si hubiese dado comienzo sus pesquisas por dónde debía, me habría encontrado ya hace muchas horas.

Hoffer se pasó la mano por la cara.

—Está bien —repitió—. ¿Puede decirme algo o se marchó solamente porque se aburría?

Ella sonrió maliciosamente.

—¿Daría usted algo bueno por una magnífica información, Zisk?



—Y sé adónde se dirigen

—¿De qué se trata? —dijo él, vivamente.

—Usted es policía, pero no parece muy avispado —habló ella un tanto insultantemente—. Sin embargo, es preciso reconocer que, al menos, en una ocasión actuó con notoria oportunidad. Pero yo he conseguido lo que usted no ha podido lograr. ¿Quiere que se lo diga?

Hoffer estaba como sobre ascuas. Laurie se dio cuenta de ello y sonrió maliciosamente.

—De acuerdo. Le daré lo que me pida. Pero hable, por el amor de Dios. ¿Qué es lo que ha visto?

—Al hombre de la cicatriz.

—Él... hombre... de la cicatriz... —repitió él, estúpidamente. De pronto reaccionó—: Rápido, dígame dónde le ha visto.

—Todavía sé más —dijo Laurie en tono displicente—. Sin ser policía, he conseguido dar con su escondite.

—Laurie... perdón, señorita Spellton, usted va a romperme los nervios —casi sollozó él—. ¿Por qué no me dice de una vez dónde está el hombre de la cicatriz? Le daré lo que pida, la cubriré de joyas de los pies a la cabeza; robaré, mataré, quemaré la ciudad por usted, pero dígame dónde está ese sujeto.

—Muy bien. Asómbrese, Zisk; está a unos cuatro kilómetros de la ciudad. Y es de suponer que el hombre de los cabellos blancos esté con él.

—¡El profesor Mihályi!

—¿Se llama Mihályi? —preguntó ella inocentemente. El nerviosismo de Hoffer la estaba divirtiendo muchísimo.

—Sí, pero eso no importa ahora. Vamos, vístase sin perder un segundo —. Hoffer giró sobre sus talones—. La espero aquí, en la puerta de su habitación.

Salió afuera y encendió un cigarrillo. Casi no captó el sabor del tabaco, debido a la excitación que le poseía. Estaba a punto de encender el segundo pitillo, cuando se abrió la puerta y salió Laurie.

La muchacha vestía un fino *pullover* de lana negra y pantalones del mismo color. Cubría sus cabellos con un pañuelo de seda azul fuerte, y el conjunto indumentario la confería un aspecto delicioso. Hoffer se quedó con la boca abierta, al verla.

—Vaya —dijo, con un resoplido de asombro.

Ella le cogió del brazo.

—Déjese ahora de contemplaciones estéticas, Zisk. Hemos de darnos prisa, si no queremos que se nos escape «Cicatriz».

—Eso sí que es una casualidad —dijo él, mientras bajaban por la escalera—. Nosotros también le llamamos de la misma manera.

—Bueno, es que si no saben su nombre, lo lógico es darle un apodo que acude solo a los labios —de súbito, Laurie se estremeció.

—¿Qué le sucede? —preguntó Hoffer, quien se había dado cuenta del estremecimiento que había sufrido la muchacha.

—No vuelva la cabeza, Zisk —murmuró ella en voz baja—. Ríase como si le acabara de contar algo muy divertido. Hágalo, pronto.

Laurie acababa de darse cuenta de que, sentado en un cómodo butacón del vestíbulo, parapetado tras un ejemplar de *Quick,* se hallaba el hombre del «Volkswagen». El joven escondió el rostro detrás de las páginas de la revista, pero Laurie le había visto ya, aunque procuró disimularlo.

Hoffer hizo lo que ella le decía, aunque sin entender los motivos de la petición. Rio fuertemente y Laurie le acompañó en sus risas. No fue sino hasta que se hallaron ya a bordo del «Jaguar», que Hoffer preguntó:

—Laurie, ¿qué es lo que la sucede?

—Me ha estado siguiendo un «Volkswagen» durante toda la tarde. Su conductor estaba en el vestíbulo.

Laurie arrancó, mientras Hoffer lanzaba un tenue silbido.

—Será cosa de estar preparado —dijo. Levantó la mano y ajustó el espejito retrovisor del parabrisas. Segundos más tarde, el resplandor de unos faros destelló en la superficie azogada—. Bueno, a lo que parece, el «Volkswagen» sigue detrás de nosotros.

—«Cicatriz» no se pierde una, ¿eh? —comentó ella, procurando dominar el temblorcillo de su voz.

—No es tonto, precisamente —comentó Hoffer, con los labios muy juntos, sin dejar de mirar a través del retrovisor.

CAPÍTULO V

Quince minutos después, Laurie detenía el «Jaguar» unos metros más allá de la entrada del camino de los álamos. Entonces, antes de que pudiera darse cuenta de lo que le iba a pasar, se encontró rodeada por los fuertes brazos de Hoffer y sintió que los labios del joven se aplastaban contra los suyos.

Extrañada a la vez que encolerizada, forcejeó con el joven, sin conseguir romper el abrazo, que duró casi un minuto. Al fin, Hoffer se separó. Entonces, ella levantó la mano e intentó abofetearla.

Hoffer detuvo el gesto.

—No sea tonta —gruñó—. ¿Cree que lo he hecho por placer?

—¡Es usted un… un insolente y un fresco! —exclamó Laurie, enojadísima—. Yo pretendo ayudarle y usted… se porta como un miserable…

—Cállese —dijo Hoffer, severamente—. El «Volkswagen» nos ha estado siguiendo durante todo el rato. Al detenerse usted, he tenido que fingir para hacerle creer que se trataba de una salida amorosa. ¿Es que no se dio cuenta de que pasó por nuestro lado apenas frenó usted?

—Siendo así… Al menos podía haberme avisado —murmuró ella, aún descontenta.

—No había tiempo. Lo teníamos ya encima. Era preciso darle la impresión de que yo sentía mucha prisa en besarla.

—Cualquiera hubiera dicho que era verdad —el enfado de Laurie persistía todavía.

—Y lo era —recalcó él—. Pero no por los motivos que usted cree —Hoffer Saltó al suelo—. Vamos a ver si encontramos la cabaña que usted me indicó antes.

Aún rezongando por la acción del joven, pero, sin embargo, comprendiéndola plenamente, Laurie le siguió. Retrocedieron un poco y luego se adentraron por el camino, cuya anchura apenas si era lo suficiente para permitir el paso de un vehículo.

El silencio era absoluto, salvo el susurro de las hojas al ser agitadas por una débil brisa. Laurie se sintió impresionada por la quietud del ambiente. La luna, en fase de novación, derramaba una amplia claridad sobre el suelo, pero a la muchacha le parecía que aquel resplandor aumentaba más todavía el tono siniestro del ambiente.

El caminillo tenía una longitud de unos doscientos cincuenta metros y terminaba al pie de una diminuta loma, sembrada de abetos en, casi toda su extensión, los cuales se abrían solamente lo justo para permitir el

trazado del camino, cuyos últimos metros estaban trazados en un pronunciado zigzag a fin de permitir el acceso a la cabaña que estaba situada en la cumbre.

Hoffer decidió seguir la ruta más directa, aunque no la más cómoda, y caminó en derechura a través del bosquecillo. La oscuridad era absoluta bajo los árboles y la sensación de desagrado que sentía la muchacha fue en aumento. El ansia de aventura que la había acometido la tarde precedente, empezó a abandonarla.

De pronto, llegaron a la linde del bosquecillo. La cabaña se hallaba situada a unos cuarenta metros de distancia, en el centro de una pequeña explanada cubierta de césped. La luna iluminaba claramente su estructura y a favor del resplandor del satélite pudieron apreciar la mayor parte de los detalles de la construcción. Era de un solo piso, de forma alargada, mitad de piedra y mitad de troncos, lo cual le hacía adoptar un aspecto rústico, evidentemente falso, ya que parecía una construcción destinada al recreo más que a tener una utilidad manifiesta como granja o casa de labor.

—Bueno —murmuró el joven—, ahí los tenemos.

—Ahora —dijo Laurie, con voz temblorosa—, es preciso acercarse a la casa sin ser vistos. ¿Piensa usted penetrar en ella?

—Me gustaría poder hacerlo. Pero si nos quedamos aquí quietos, no lo conseguiremos. ¿Está segura de que es aquí a dónde vinieron a parar esos rufianes? —preguntó Hoffer de pronto.

—Al menos, el coche que llevaba «Cicatriz» se metió por el camino —respondió ella.

—Muy bien. Vamos a ver —Hoffer echó a andar hacia adelante, cruzando el prado. Laurie vaciló un momento y luego corrió tras él.

Súbitamente, cuando se hallaban a una docena de metros de la casa, vieron brillar una lengua de fuego, a la vez que oían el estampido de un pistoletazo.

El proyectil silbó agudamente por encima de sus cabezas. Hoffer lanzó una advertencia:

—¡Échese al suelo, Laurie!

La muchacha obedeció inmediatamente, más muerta que viva. El instinto la hizo rodar un par de veces sobre sí misma, apartándose del lugar en que se había echado. Mientras lo hacía, oyó detonar de nuevo la pistola.

Hoffer sacó la suya y disparó dos veces contra el punto donde había visto brillar los fogonazos. El tirador respondió de la misma manera, disparando hacia el lugar en donde se hallaba el joven.

Hoffer giró sobre sí mismo y volvió a apuntar, esta vez cuidadosamente, esperando con paciencia el momento del siguiente disparo de su enemigo. Cuando este se produjo, apretó el gatillo tres veces

en rápida sucesión. Su pistola, por contraste con la del otro, apenas si hizo ruido, amortiguadas las detonaciones por el silenciador.

Después de los estampidos, se produjo una pausa de silencio. Hoffer volvió el rostro hacia el lugar donde se suponía debía hallarse la muchacha.

—Laurie —preguntó en voz baja—, ¿está bien?

—Sí —contestó ella en el mismo tono. Temblaba de miedo, pero se esforzó en dar seguridad a su voz.

—Muy bien —dijo Hoffer—. Permanezca ahí y no se mueva hasta que yo se lo diga.

—De acuerdo, Zisk.

El joven aguardó todavía unos momentos. Luego, poniéndose en pie de pronto, echó a correr en zigzag hacia la casa. Alcanzó la pared en media docena de zancadas y se aplastó contra la misma, al lado de la puerta de entrada.

La luna daba la luz suficiente para poder distinguir los detalles, De este modo, Hoffer pudo divisar una ventana abierta a tres pasos de la puerta.

Caminó cautelosamente por la pequeña veranda de la cabaña. Llegó junto al marco de la ventana y aprestó el oído. El silencio dentro de la casa era absoluto.

Permaneció aún unos momentos quieto; luego, resolviéndose a actuar, pasó una pierna por el alféizar y saltó al interior. Al caer, pisó algo blando y perdió el equilibrio, rodando por el suelo.

Se incorporó rápidamente, aunque sin levantarse del todo. Quedó de rodillas, con la pistola en la mano, apuntando hacia el cuerpo que había pisoteado al penetrar en el edificio.

Escuchó. El silencio persistía. Arriesgándose a recibir un balazo, buscó en sus bolsillos y extrajo el encendedor. Sonó un chasquido y la llamita disipó las tinieblas por un instante.

Los ojos del joven captaron la imagen de un individuo tendido de bruces en el suelo. El metal de un revólver brillaba a corta distancia de su mano derecha.

Terminó de ponerse en pie. A lo que parecía, el muerto había sido el único ocupante de la casa en el momento del tiroteo. Buscó el interruptor de la luz y lo movió. Una rústica lámpara de cuatro brazos se encendió al instante.

—Laurie —llamó.

—Voy, Zisk —contestó ella.

Hoffer esperó junto a la ventana, hasta que Laurie se hubo acercado a la veranda.

—No se asuste —dijo en tono natural—. Hay un hombre muerto.

Laurie contuvo un gemido.

—Tuve que hacerlo —se disculpó él. Torció el gesto—. No es agradable

tener que cortar el hilo de una vida humana, Laurie, pero no me quedó otro remedio.

—Comprendo —dijo ella, quedamente.

—Le abriré la puerta para que entre. Procure ser fuerte; debe examinar el cadáver. Quizá haya visto al muerto antes de ahora.

—Está bien —murmuró la muchacha.

Entró en la cabaña. Hoffer se arrodilló y volvió el cuerpo boca arriba. Laurie se estremeció al ver los dos sangrientos orificios abiertos por los proyectiles en el centro del pecho. Los ojos del muerto aparecían desmesuradamente abiertos, en tanto que su boca aparecía contorsionada, petrificada en ella una última mueca de espanto.

—¿Lo conoce, Laurie?

Ella movió la cabeza.

—No —dijo.

—«Cicatriz» no es —expresó Hoffer—. Puesto que maté a uno de los tres sujetos que secuestraron al profesor Mihályi, pensé que este podría ser uno de ellos.

—Quizá, aunque no estoy en condiciones de asegurarlo, Zisk.

—Está bien —Hoffer guardó la pistola y se arrodilló junto al muerto, registrándolo cuidadosamente. Sacó de sus bolsillos todo cuanto guardaba y lo desmenuzó para examinarlo con infinita atención, en medio de la expectante contemplación de la muchacha. Si encontró algo de provecho, Laurie no lo supo, porque Hoffer no dijo nada al respecto. Al terminar, tomó el bolsillo de pecho de la chaqueta del muerto y envolvió en el mismo todos los objetos que le había encontrado encima, guardando incluso el revólver con el que le había disparado.

—Bueno —exclamó, poniéndose en pie—. Vamos a ver qué hay por la cabaña.

Esta se componía de cuatro piezas: un gran salón-comedor-cuarto de estar, con chimenea; una minúscula cocinita, un baño y un dormitorio con cuatro camas en dos literas. Hoffer lo registró todo a conciencia, sin poder encontrar nada positivo.

Al concluir su labor de registro, completamente infructuosa por otra parte, Hoffer golpeó las paredes centímetro a centímetro y luego hizo lo mismo con el suelo, sin encontrar nada que sonara a hueco. Volvió los cuadros e incluso abrió el frigorífico de la cocina, pero ninguno de sus esfuerzos dio el menor resultado.

—Tendremos que volver al hotel —dijo. Parecía decepcionado.

—¿Buscaba algo? —preguntó ella, inquieta.

—Sí, pero no lo han escondido aquí.

—¿Y el profesor Mihályi?

—Cualquiera sabe —suspiró él—. Regresemos, Laurie.

—¿Y… y… el muerto?

—Ya lo recogerán, descuide —Hoffer no pudo resistir a la tentación de proferir una frase macabra—. No podrá escaparse, Laurie.

—Por favor —dijo ella, muy pálida.

—Dispense. ¿Vamos?

Antes de abandonar la cabaña, Hoffer apagó la luz. Luego tomó el brazo de la muchacha y emprendieron el descenso.

Minutos después, llegaban a la carretera. Montaron en el «Jaguar», conducido por Hoffer. Este hizo virar el automóvil y lo lanzó disparado hacia Radstadt.

Entonces, cuando las luces de cola del coche se perdieron en la oscuridad, un hombre surgió de entre los matorrales en que había estado escondido hasta entonces y echó a correr por el camino en dirección a la cabaña.

Mientras tanto, Hoffer y Laurie se dirigían a la ciudad. Minutos después, el joven detenía el coche en la puerta del «Burghotel».

Consultó su reloj.

—Son las cinco de la mañana. Vendré a buscarla a las diez, Laurie.

—¿Para qué?

—No haga preguntas indiscretas. Ya lo sabrá más tarde.

Ella le dirigió una inquisitiva mirada.

—¿Se trata de un asunto de espionaje?

—Algo por el estilo —Hoffer esquivó una respuesta concreta.

—No me gustaría terminar en el fondo de un lago, con una piedra y una cuerda atada al cuello —se quejó ella.

—Su cuello se merece perlas y no sogas —bromeó él.

—Es posible, pero si me ponen una cuerda, no me darán mucho tiempo para pedir perlas —murmuró Laurie en tono fúnebre.

Hoffer se echó a reír.

—Nadie cometerá con usted tamaña vileza, se lo aseguro. Duerma tranquila —y un tanto sibilinamente, añadió—: Alguien velará su sueño, se lo garantizo.

Laurie hizo una mueca.

—Por lo visto, en Austria abundan los espías como moscas.

—Nos obligan a ello —contestó Hoffer, sombríamente—. ¡Qué más querríamos que vivir en paz y despreocupadamente, Laurie! ¿Se figura que todo esto lo hacemos por gusto? Bueno, váyase a dormir un rato y no lo olvide. A las diez en punto.

—De acuerdo.

Laurie penetró en el hotel. El recepcionista nocturno la dirigió una mirada distraída, aunque no hizo el menor movimiento. Laurie emprendió el ascenso por la escalera, sin utilizar el ascensor, ya que su habitación estaba en el primer piso.

Abrió la puerta y dio media vuelta al interruptor de la luz. Ahogó un

bostezo mientras se volvía para cerrar. Desde luego, sus vacaciones en Austria se habían convertido en una aventura de lo más excitante: en poco más de cuarenta y ocho horas había presenciado un secuestro, había sido perseguida poco menos que a muerte, había visto morir a un hombre; luego se había visto envuelta en un tiroteo, del cual había resultado otra muerte… No, no tendría motivos de queja cuando volviese a Dumfries. Cuando relatase aquellas peripecias a sus amigas más íntimas, ninguna de ellas querría creérselo. Y, en verdad, casi resultaban inverosímiles.

Terminó de cerrar la puerta, con llave, por supuesto, y se volvió. Entonces divisó a un hombre tendido sobre su lecho.

Frunció el ceño. ¿Qué hacía aquel individuo en su habitación? Seguramente, el conserje se había equivocado al darle un cuarto, sin recordar o sin saber que aquel estaba ocupado. Avanzó hacia el lecho, dispuesta a arrojar al intruso como fuera.

De pronto reparó que el individuo estaba completamente vestido. El detalle le provocó un escalofrío. A menos que estuviese embriagado… Pero no, no se percibía el menor olor a alcohol.

Sus escalofríos fueron en aumento. Empezó a comprender la verdad de lo ocurrido.

Lentamente, procurando dominar su temblor, se acercó a la cama. Antes de ver el menudo orificio de color rojo oscuro que había en el pecho del supuesto durmiente, comprendió que lo que tenía ante sus ojos era un cadáver.

CAPÍTULO VI

El coronel Sultzau examinó el pasaporte que tenía en las manos con gesto sombrío, casi con rabia.

—Peter Hamrin, súbdito inglés, treinta y cuatro años, comerciante... Esto no nos dice nada —gruñó.

—Salvo que estaba en la habitación de la señorita Spellton, registrándola, cuando fue sorprendido —manifestó el capitán Kersch.

—Y el asesino lo apuñaló con un estilete muy fino, tanto, que la hemorragia se produjo en el interior del organismo y por eso no salió apenas la sangre al exterior —apuntó Hoffer.

—Incluso aseguraría yo que el asesino mantuvo el estilete en la herida hasta que se inició el proceso de coagulación de la sangre. Luego se llevó el arma, a fin de no dejar tras sí el menor rastro comprometedor —opinó Sultzau.

—Sí, por lo menos, la señorita Spellton nos hubiera avisado con tiempo —se lamentó Kersch.

—¿Cómo iba a avisarles —saltó ella, violentamente enojada—, si no sabía dónde tenía que hacerlo? ¿O habrían preferido acaso que hubiera dado aviso a la policía local? No ha sido nada agradable esperar cinco horas en compañía de un cadáver a que viniese el señor Hoffer a recogerme.

—La culpa fue mía por no dejarle mi número de teléfono —reconoció el aludido—. Pero, ¿quién iba a suponer...?

—El *Intelligence Service* anda mezclado en todo esto —dijo, pensativamente el coronel—. Sin embargo, cuando hemos intentado averiguar qué es lo que pretenden, se han mostrado muy reticentes.

—Prohíbanles entonces que actúen —sugirió la muchacha.

—Eso es más fácil de decir que de hacer —contestó Kersch—. Pero lo que sí resulta cierto es que a partir de ahora, apretarán de lo lindo, cuando vean que uno de sus agentes ha sido apuñalado.

—Desde luego, no es el llamado Barry —manifestó Sultzau—. Hansi ha examinado el cadáver y ha dicho que no es el hombre con quien estuvo en Salzburg.

—Eso significa que Barry anda suelto por ahí —Hoffer chasqueó los dedos—. Quizá era el tipo que andaba siguiendo a la señorita Spellton. ¡Laurie!

La muchacha no contestó. Tenía la cabeza apoyada sobre el respaldo del sillón y dormía beatíficamente:

Hoffer sonrió.

—Pobrecilla. La verdad, no es una papeleta muy agradable tener que pasarse cinco horas junto a un cadáver. En medio de todo —comentó—, hizo bien al no avisar a la policía de Radstadt sin haber intervenido nosotros antes —Volvió a levantar la voz—: ¡Laurie!

La muchacha se sobresaltó.

—¡Eh! ¿Qué pasa, Zisk?

—Vaya —rio Kersch—, ya te llama por tu nombre. Otra al bote, ¿eh?

—Calla —gruñó Hoffer—. Laurie, por favor, escúcheme.

La muchacha dejó de lado la buena educación y bostezó aparatosamente.

—Por favor, me estoy cayendo de sueño. ¿Qué es lo que pasa ahora?

—Laurie —dijo Hoffer—, necesitamos de usted. Atiéndame, se lo suplico.

—Está bien. ¿De qué se trata?

—El hombre del «Volkswagen». ¿Lo reconocería usted si volviese a verlo de nuevo?

—Supongo que sí, claro está.

—¿Puede darnos su descripción? —preguntó Sultzau.

—Bueno… —Laurie vaciló—. Era un tipo alto, delgado, cabello castaño claro, ojos muy azules…

—Como ese los hay a miles en Austria —refunfuñó Kersch.

—Lo siento —expresó ella—. No puedo añadir más.

—El *Intelligence Service* no elige a sus hombres con apariencia muy conspicua —manifestó el coronel—. De todas formas, tenemos a Hansi. Ella lo conoce mucho mejor.

—¡Ya lo creo! —rio Kersch—. Muchísimo mejor.

—Pero el que nos interesa de veras ahora es el profesor Mihályi —exclamó Hoffer de mal talante—. ¿Dónde está? ¿En qué sitio lo han escondido?

—Mihályi y «Cicatriz» han desaparecido como si se los hubiera tragado la tierra. Hemos alertado a todos los puestos de control, a fin de que busquen a un «Skoda» gris o a un «Zim» ruso de color negro, pero hasta ahora, las gestiones no han dado el menor resultado —expresó Sultzau.

—Puede que yo sepa dónde están… mejor dicho, dónde pueden estar —dijo Laurie, suavemente.

Hubo un movimiento de sorpresa en los tres hombres, un respingo unánime.

—¡Laurie! —exclamó Hoffer.

—¿Por qué no lo dijo antes? —gruñó Sultzau.

—Estaba cansada y aturdida —se defendió ella—. Además, cinco horas al lado de un muerto…

—Está bien —cortó Kersch—. ¿Qué es lo que sabe?

—Solo una palabra: Reimüller.

—Reimüller —bisó pensativamente Hoffer—. Ese nombre me suena. ¿Dónde lo he oído yo antes de ahora? Y no hace mucho, a decir verdad.

Encendió un cigarrillo y lanzó un chorro de humo al techo, mientras era contemplado por los demás con expectante atención.

—Vamos, Zisk, haz un esfuerzo de memoria —rogó Kersch.

El joven movió la mano derecha, recomendando paciencia. Efectivamente, había oído aquel nombre y no recordaba dónde ni cuándo, aunque en lo referente al tiempo, no hacía una semana siquiera. De súbito, lanzó una exclamación.

—Ya lo tengo —dijo, chasqueando los dedos—. Es una localidad y en ella se va a celebrar mañana una gran fiesta en honor de su patrono… no me acuerdo ahora del nombre.

—Bueno, es igual —dijo Sultzau—. Kersch, el mapa de carreteras y la guía.

Kersch trajo el mapa, a los pocos momentos, junto con una guía de las localidades de Austria. Buscó en el índice correspondiente y a los pocos momentos habían conseguido hallar la situación exacta de Reimüller.

—Bueno, pues no está al lado de la esquina precisamente —dijo Hoffer, en tono descontento—. De aquí a Reimüller hay nada menos que ciento setenta y cinco kilómetros.

—Y con estas carreteras tan endiabladas, no conseguirás llegar allí antes de cuatro horas —apuntó Kersch.

Hoffer se inclinó sobre el mapa y estudió el itinerario durante unos momentos.

—Tendremos que pasar por Mautendorf, Saint Peter, Scheifling y alcanzar el cruce que hay a kilómetro y medio antes de llegar a Knittelfeld, todo ello viajando en dirección este constantemente, menos a partir del cruce que deberemos volver casi en sentido opuesto, es decir, hacia el noroeste. Llegaremos a Gaal y luego seguiremos por un camino señalado como endiablado, o poco menos, durante cinco kilómetros y medio, hasta llegar a Reimüller.

—Lo que no me explico es —dijo el coronel Sultzau—, cómo se les ocurre ir a Reimüller, sabiendo que esa aldea solo tiene una entrada que es al mismo tiempo salida. Solo se puede ir y venir por el mismo camino, pero una vez llegados a ella, resulta imposible seguir más adelante. Las montañas lo impiden.

—Eso es lo de menos —exclamó el joven—. Lo interesante es que vamos a ir allí, para encontrarnos con «Cicatriz» y… —de pronto, se volvió hacia la muchacha—. Bien, Laurie, pero, ¿cómo sabe usted que se han llevado al profesor Mihályi hasta Reimüller?

—Yo no lo sé a ciencia cierta —contestó ella—. Me he limitado a sugerirlo.

—Pero basándose en algo. Porque usted no se ha sacado ese nombre de

su cabeza así como así —refunfuñó el joven.

—Claro que no. Se lo saqué a Hamrin.

—¡Qué! ¿Al muerto? ¡Se lo dijo él!

—Si estaba muerto, ¿cómo se lo iba a decir Hamrin? —explotó el coronel Sultzau.

—Bueno, pero de alguna forma se lo tuvo que decir —refunfuñó el joven.

—Yo no he dicho que Hamrin me lo dijera —manifestó la muchacha, sonriendo deliciosamente—, sino que se lo saqué, lo cual es muy distinto.

—¿Lo registró antes de que llegáramos nosotros?

—Tenía en la mano un minúsculo trocito de papel, en el que había escrita una palabra: Reimüller. Me dio la sensación de que se trataba de un fragmento de hoja de agenda de notas, arrancada violentamente. Posiblemente, el asesino se llevó el resto de la hoja —concluyó la muchacha.

—Y en tanto que ustedes iban a la cabaña del bosque, «Cicatriz» les rodeó, vino al hotel, seguramente para verla a usted, o quizá para liquidarla y, al encontrarse con Hamrin, lo apuñaló —esta era la hipótesis que sostenía Sultzau.

—Y mientras, ¿qué hizo con el profesor? —quiso saber Hoffer.

—Posiblemente, lo tenía abajo, en el coche, narcotizado, a fin de que no se le escapase —contestó Kersch.

—Una suposición digna de tenerse en cuenta. Bien —habló el coronel —, ¿cuáles son sus propósitos, Hoffer?

—Ir a Reimüller, naturalmente.

—¿Con la señorita Spellton?

—Ella conoce personalmente a «Cicatriz», señor.

Sultzau volvió los ojos hacia la muchacha.

—¿Qué tiene usted que decir a la proposición?

—Parece ser que no me queda otro remedio que acompañarles —dijo, resignada.

—Muy bien —decretó el coronel—. Irán los dos juntos, aunque no en el «Jaguar». Es un automóvil demasiado llamativo. Les facilitaré un «Volkswagen», es mucho más corriente y podrán pasar mejor desapercibidos.

—Tardaremos cuatro horas en llegar a Reimüller —murmuró el joven, pensativo—. Además, sería conveniente no aparecer por la aldea hasta el momento de la fiesta, a fin de no dejarnos ver antes de tiempo. Tengo la sensación —agregó— que, lo que haya de ocurrir, ocurrirá en el momento de más jaleo.

—¿Por qué lo cree usted así? —quiso saber el coronel.

—Bueno, seguramente tratarán de realizar un contacto o de enlazar con alguien. ¿Qué ocasión más propicia para ello, que cuando todo el mundo

está más entretenido con las diversiones?

—Sí, es cierto —convino el coronel—. Pueden pernoctar esta noche en Knittelfeld y partir para Reimüller al día siguiente, a primera hora. Son veinte kilómetros que pueden recorrer cómodamente en treinta o cuarenta minutos —miró a la muchacha—. ¿Conforme, señorita Spellton?

Ella enseñó las palmas de las manos con gesto significativo.

—Conforme, coronel Sultzau.

Sultzau sonrió.

—Cuando todo se acabe, el Estado le demostrará cumplidamente su gratitud, señorita Spellton.

—Que no sean roñosos al enviar una corona a mí sepultura —dijo ella, lúgubremente.

⋆ ⋆ ⋆

Los primeros rayos del sol empezaban apenas a teñir de rosa las cumbres de las montañas más próximas, cuando Laurie oyó que golpeaban la puerta de su habitación.

—Ya voy, ya voy —dijo con voz soñolienta. Torpemente, se embutió dentro de una bata y, después de meter los pies en las zapatillas, se dirigió hacia la puerta, con ojos nublados aún por el sueño.

Abrió la puerta, ahogando un bostezo. Pero las ganas de bostezar se le pasaron casi inmediatamente al ver a Hoffer ataviado de una manera que, en un principio, se le antojó ridícula y estrafalaria.

El joven vestía una camisa blanca, con pechera de encajes y corbata roja de lacito, que más bien era una cinta de nudo, chaleco de cuero castaño oscuro y muy brillante, pantalones largos, negros, ceñidos por una amplia faja azul fuerte, y se tocaba con un sombrerito de fieltro, de color verde, adornado con dos plumitas, una blanca y otra roja. En las manos sostenía un gran paquete.

—¡Cielos! —exclamó ella—. ¿Estamos en carnaval? ¿O es que en lugar de asistir a una fiesta vamos a un baile de disfraces?

—Nada de eso —contestó él, muy serio—. Vamos a adoptar, simplemente; la indumentaria típica de la región en días de fiesta grande. «Donde fueres, haz lo que vieres», dice el refrán; y nosotros vamos a seguirlo al pie de la letra.

Y depositó la caja en manos de la muchacha.

—Esto, ¿qué es? —preguntó ella, aturdida.

—Su vestido de fiesta —explicó Hoffer—. Va a pasar por una nativa que asiste a la procesión del santo, en unión de su prometido, a fin de pedirle larga vida y muchos hijos.

—¡Qué frescura! —exclamó Laurie, escandalizada.

—Vamos, empiece a vestirse. Ahora subirá la doncella para ayudarla a colocarse las ropas típicas. Usted no sabría hacerlo bien y se armaría un lío

con tantas enaguas y cintajos.

Y sin esperar a más, dio media vuelta y se marchó, dejándola con la boca abierta de par en par.

—Pero, ¡qué descaro! —dijo Laurie, quien todavía no había conseguido salir de su asombro.

CAPÍTULO VII

Desayunaron rápidamente. Al terminar, Laurie manifestó que iba un momento al tocador. Hoffer dijo que la esperaba afuera, junto al coche y ella asintió.

La muchacha salió minutos más tarde. Era evidente que se sentía incómoda con aquella ropa, aunque no por ello estaba menos encantadora. Su nueva vestimenta consistía en un corpiño negro, con tirantes y cordones, que afirmaba y realzaba el busto; blusa blanca, de mangas abullonadas hasta el codo; falda roja, con dos o tres bordes negros, hasta poco más abajo de las rodillas; gruesas medias de algodón, blancas, y unos sólidos zapatos de cuero, de medio tacón, con cordones que se prolongaban y entrecruzaban hasta la mitad de la pantorrilla. El tocado de la cabeza era una diadema de encajes, con flores artificiales, que se sujetaba a los cabellos de la nuca con una peineta invisible, y de la cual partían varias cintas de vivos colores que llegaban hasta más abajo de la cintura. Los pasos que daba al caminar se veían embarazados por la media docena de enaguas que se veía obligada a llevar bajo la falda a fin de ahuecar esta, de tal modo que casi parecía una campana roja. Laurie se sentía un poco incómoda y hasta ridícula, pero Hoffer la encontró encantadora, y así se lo dijo.

—Estas son las cosas que me pasan a mí por meterme a espía de dos peniques —se quejó ella, mientras el joven ponía el coche en marcha.

—Bueno, así tendrá algo que contar a sus nietos el día de mañana.

—Suponiendo que haya para mí un día de mañana, Zisk.

—¿Es usted tan pesimista habitualmente? —preguntó Hoffer.

—No. Solo cuando las circunstancias lo requieren.

—Vamos, vamos, no sea aguafiestas. No hay para tanto.

—Al parecer —dijo ella, agudamente—, usted se desayuna cada día con un par de cadáveres.

—No, aunque procuro tomarme las cosas tal como vienen.

—Pues no vienen muy bien que digamos. ¡Cielos! Llevo cuatro días en Austria, como quien dice, y ya he visto tres muertos. Siguiendo la misma proporción, antes de que concluyan mis vacaciones, si yo misma no me he convertido en un cadáver, habré visto una docena, al menos.

—Es posible —concedió él, en tono natural—. Sin embargo, no me negará que, en el fondo, se está divirtiendo muchísimo, ¿no es cierto?

—A mí me gustaría más saber qué es lo que hay en el fondo de todo este asunto. Dígame, Zisk, ¿se trata de algo relacionado con el espionaje?

—Verá, no diría que sí, pero tampoco que no, Laurie —contestó él,

ambiguamente.

—Pues sí que me aclara usted las cosas —dijo ella, decepcionada—. En resumen, ha venido a decirme que cuando no es de día, es porque el sol se ha puesto, pero que al día siguiente ya saldrá. No, si para empleado de la Meteorología no tendría usted precio. Nunca le cogerían en falta, se lo aseguro.

Hoffer se echó a reír al escuchar las pintorescas observaciones de la muchacha. En aquel momento, llegaban al cruce de la carretera de Gaal y el joven hizo girar el volante hacia la derecha.

Durante unos minutos, rodaron a buena velocidad. La carretera se hallaba en excelente estado y permitía, en algunos tramos, velocidades de sesenta y más kilómetros, pero las curvas eran casi continuas y muy pronunciadas, por lo que resultaba imposible mantener esa velocidad durante un período demasiado prolongado de tiempo. De este modo, tardaron veinte largos minutos en recorrer los doce kilómetros que separan a Knittelfeld del cruce con el camino a Seckau.

A partir de aquí, el camino se hacía muy angosto y de piso muy desigual, por lo que le fue forzoso reducir la marcha. Corrían por estrechas gargantas y profundos valles, siguiendo un curso casi paralelo al Ingering, cuyas aguas, blancas y azules alternativamente, saltaban de roca en roca, a profundidades que oscilaban entre los cincuenta y cien metros. Los taludes, rocosos, eran casi perpendiculares al río y en más de una ocasión era forzoso reducir la marcha hasta menos de los veinte kilómetros por hora. Pese a todo, Laurie no pudo por menos de olvidar sus preocupaciones al admirar el maravilloso paisaje que se extendía a ambos lados de la carretera y del río. Las crestas de las montañas parecían hallarse muy cerca y, sin embargo, estaban tremendamente distantes, recortándose con esplendente nitidez contra un cielo de un azul impoluto.

De pronto, cuando ya habían recorrido tres o cuatro kilómetros a partir del cruce de Seckau y les faltaban dos y medio para llegar a Gaal, vieron, al revolver una curva, un coche parado en un lado de la carretera, hacia la derecha.

En aquel lugar, el talud caía a plomo sobre el río, desde una altura de casi sesenta metros. A la derecha había un gran terraplén, de una enorme inclinación, a cuyo suelo se agarraban con bastante dificultad las raíces de unas cuantas decenas de pinos y abetos. El terraplén tenía forma triangular y terminaba a unos cien metros más arriba, en medio de dos enormes rocas de impresionante tamaño, que casi parecían, por su forma, las torres de algún fantástico castillo de piedra creado por la delirante imaginación de la Naturaleza.

El coche tenía la tapa del motor levantada y un individuo se hallaba inclinado sobre el mismo, como si hubieran sufrido una avería. Dentro del automóvil había otro sujeto, aguardando con gesto de hastío, a que el

conductor hubiese reparado el desperfecto.

En aquel lugar, la carretera era muy angosta y solo permitía el paso de dos coches con mucha dificultad. Hoffer hubo de reducir la marcha de tal modo, que no superaba la de un hombre caminando con paso normal, con el fin de poder salvar aquel obstáculo sin dificultades.

De pronto, cuando ya habían llegado a la altura del otro automóvil, el conductor se volvió rápidamente, esgrimiendo una pistola de aspecto pavoroso. Antes de que pudieran recuperarse de la sorpresa que les producía el hecho, el sujeto abrió la portezuela de golpe, por el lado en que viajaba la muchacha, y les encañonó con el arma.

—Pare el coche, pronto —ordenó torvamente—. Frene o mato a la señorita ahora mismo.

Laurie se puso pálida. Hoffer, por su parte, crispó las manos sobre el volante, sintiendo dentro de sí una cólera impotente, por haberse dejado cazar en aquella trampa tan burda, pero, al mismo tiempo, tan eficaz. Hizo lo que le decían y ni siquiera intentó sacar el arma, seguro de que el rufián dispararía sobre Laurie al menor gesto sospechoso.

—Salgan —ordenó el individuo, con perentorio laconismo.

Su acompañante había abandonado su cómoda postura y estaba ya en el camino, encañonándoles con una Luger. Los rostros de ambos sujetos, aunque normales en apariencia, expresaban bien claramente la fría decisión de tirar a matar, si era necesario.

Hoffer y Laurie obedecieron en silencio, situándose delante de los dos coches, en el centro de la carretera y a unos tres metros escasos del pequeño parapeto protector de la misma. Por un momento, el joven llegó a temer que los asesinasen en aquel lugar.

—No teman —dijo el conductor—. No les haremos el menor daño, a menos que ustedes lo provoquen con su actitud.

—¿Qué es lo que piensan hacer con nosotros? —inquirió Hoffer.

—De momento, mantenerles fuera de la circulación. Es todo lo que puedo decirles por ahora.

Hoffer respiró aliviado. Al parecer, «Cicatriz» no quería mostrarse sanguinario. «Mientras hay vida, hay esperanza», pensó.

Miró a derecha e izquierda, como si esperase algún coche. El conductor emitió una torva sonrisa.

—No tema —dijo—, no vendrá nadie. Lo tenemos todo previsto.

—Han bloqueado la carretera, ¿eh?

—Algo por el estilo —contestó el sujeto.

Hoffer pensó que debían tener, por lo menos, dos cómplices, situados arriba y abajo del punto en que se encontraban, los cuales debían estar encargados de la tarea de detener los coches que marcharan en uno u otro sentido con cualquier pretexto. La operación, a lo que parecía, iba a durar escasos minutos.

El otro sujeto se dirigió hacia el «Volkswagen» con ánimo de sentarse tras el volante. Hoffer comprendió que iban a lanzar el coche al fondo del Ingering. En aquel momento, vio que el conductor se tambaleaba bruscamente.

Hoffer frunció el ceño. El rostro del conductor expresaba una indescriptible sorpresa. De pronto, vio un negruzco orificio en su sien.

El conductor se desplomó sobre la carretera, sin hacer un solo movimiento más, fulminado por un proyectil disparado por un desconocido desde algún lugar misterioso. Hoffer intuyó que quienquiera que hubiese acudido tan oportunamente en su ayuda, había utilizado un silenciador, pero no se entretuvo demasiado en formular hipótesis, sabiendo que era el momento de actuar sin más dilaciones.

Giró rápidamente sobre sí mismo. El otro forajido saltaba del «Volkswagen» en aquel momento, aturdido y desconcertado por la fulminante caída de su compañero. Hoffer se le arrojó encima antes de que tuviese tiempo de apretar el gatillo y le disparó un soberbio derechazo a la mandíbula que lo lanzó contra el motor del automóvil.

La pistola se le escapó al individuo de las manos y cayó sobre el polvo de la carretera. Hoffer se arrojó de nuevo sobre él, pero esta vez su confianza estuvo a punto de perderle. Apoyando las espaldas en la tapa del motor del coche, el otro levantó ambas piernas y las disparó hacia adelante con todas sus fuerzas.

Hoffer retrocedió un par de pasos. Laurie lanzó un agudo grito al ver la terrible proximidad del joven al parapeto, cuya protección era más sicológica que real, a causa de su escasa elevación sobre el suelo, apenas un metro. Laurie chilló, espeluznada, al ver que Hoffer estaba a punto de caer fuera del parapeto.

El joven logró rehacerse, sin embargo. Su contrincante se afanaba en recobrar la pistola, caída debajo del automóvil. Saltó otra vez sobre él y, agarrándole por la hombrera de la chaqueta, lo hizo retroceder un par de pasos, asestándole un terrible puñetazo en la mandíbula.

El rufián dio dos o tres pasos, tambaleándose como un beodo. Sin embargo, era un sujeto de mucho aguante y encajó bien el golpe. Hoffer quiso repetirlo, pero se encontró, de repente, con un puño que se disparaba velozmente contra su mandíbula.

Echó la cabeza hacia atrás, con lo cual consiguió atenuar, aunque no evitar del todo el golpe. Esto le hizo vacilar, circunstancia que aprovechó el forajido para meter la mano en el bolsillo y sacarla un segundo después.

Sonó un seco chasquido y una hoja de acero relampagueó al sol, despidiendo malignos destellos.

Laurie lanzó un grito.

—Cuidado, Zisk.

El joven entreabrió ligeramente los brazos, a la vez que encogía el

vientre, a fin de hurtar el cuerpo a la puñalada que adivinaba inminente. Los ojos del forajido emitían un brillo perverso, demoníaco.

Hoffer retrocedió un par de pasos. Su oponente saltó de pronto hacia él, moviendo el brazo con gesto relampagueante. La punta de la navaja rasgó ligeramente el borde inferior de su chaleco de cuero.

—El parapeto, Zisk —advirtió Laurie, loca de terror.

Hoffer caminó hacia atrás, en sentido paralelo al borde del camino, en tanto que la muchacha contemplaba la escena con gesto hipnotizado, morbosamente fascinada por aquella escena que se le antojaba irreal, producto de una pesadilla en un sueño agitado. Pero harto sabía que era la pura realidad, que todo lo que estaba viendo era auténtico.

El forajido saltó una vez más hacia adelante. Hoffer dio un salto en sentido inverso, a la vez que curvaba su cuerpo cuanto podía. De nuevo la afilada hoja de acero describió un silbante semicírculo a cortísima distancia de su estómago.

Pero el joven no estaba decidido a permitir que su adversario volviese a intentar apuñalarle de nuevo. Había conseguido eludir dos cuchilladas, cualquiera de las cuales habría bastado para ponerle fuera de combate instantáneamente de haber alcanzado su objetivo. Todavía estaba moviéndose el brazo de su antagonista, cuando él ya disparaba sus dos manos hacia adelante.

Aferró el brazo del rufián con todas sus fuerzas y lo retorció salvajemente, a la vez que giraba rapidísimamente sobre sí mismo. La navaja saltó por los aires, describiendo un brillante semicírculo.

Los pies del individuo fueron arrancados del suelo en el acto. Hoffer metió el cuerpo mientras se movía sobre los talones. El forajido ascendió raudamente, trazando una parábola en el aire.

Un horrible chillido de angustia se escapó de sus labios al darse cuenta de la horrible suerte que le aguardaba. Su cuerpo voló por encima del parapeto y se hundió en el abismo.

El impulso que había tomado el joven era tan fuerte que necesitó agarrarse él mismo al parapeto para no saltar también al abismo. Con las pupilas dilatadas por el espanto, presenció la caída de su enemigo, cuya figura disminuyó rapidísimamente de tamaño, hasta que, de pronto se detuvo, después de un par de espantosos rebotes contra las rocas del fondo.

Se incorporó, jadeante y sin aliento. Laurie estaba a pocos pasos, cogiéndose la cara con ambas manos y contemplándole fijamente, como sugestionada. De pronto, echó a correr hacia él.

—¡Zisk!

—Estoy bien —Hoffer respiró hondo—. No ha sido nada, pero... ¡qué miedo he pasado!

Tomó entre las suyas las manos de la muchacha, encontrándolas frías y

sin pulso.

—¿Se encuentra mal, Laurie?

—No… no… —contestó ella.

—Aguarde un momento. Tengo aquí una medicina que nos pondrá a los dos como nuevos en un santiamén.

Abrió la guantera del coche y extrajo de la misma un frasquito de metal, plano, con tapón de cubilete, enroscado. Vertió en el cubilete un poco de líquido, hasta casi llenarlo, y luego se lo entregó a la muchacha.

—Beba —recomendó—, esto le sentará bien.

Laurie obedeció y empezó a toser apenas hubo pasado el licor por su garganta. Era de gusto muy agradable y delicioso, aunque fortísimo. Casi inmediatamente sintió un reconfortante calorcillo que se le extendía por las venas. Con ojos brillantes y las mejillas encendidas, preguntó:

—¿Qué licor es este, Zisk?

—Aguardiente de cerezas. Es una receta particular de mi madre —contestó él, muy serio, mientras le guiñaba un ojo.

Pero la sonrisa que había iniciado apenas, se borró instantáneamente de sus labios al ver un cuerpo tendido en el centro de la carretera. Entregó el frasco a la muchacha y se arrodilló al lado del cadáver, cuya sangre había enrojecido el polvo del camino.

Registró cuidadosa y rápidamente sus bolsillos, recogiendo todo cuanto encontró en ellos. Después miró a la muchacha.

—Laurie, ¿quiere abrir el portamaletas de ese coche?

—Claro —contestó ella, evitando cuidadosamente mirar hacia el cadáver.

Hoffer tomó en sus brazos el cuerpo inerte y lo llevó hasta el compartimiento de los equipajes, en cuyo interior lo encerró. Después regresó al mismo lugar de la carretera y, con el pie, arrojó polvo sobre las manchas de sangre, a fin de ocultarlas a la vista de cualquier posterior viandante. Acto seguido, recogió la pistola y el puñal, que guardó en el «Volkswagen» y, sin esperar a más, se sentó tras el volante. Laurie hizo lo mismo, ya notablemente recuperada después del susto que había pasado.

—Me gustaría saber —dijo él—, quién diablos es el que nos ha ayudado tan oportunamente.

—¡Cómo! —se asombró la muchacha—. ¿No es alguno de sus compañeros?

Las manos de Hoffer se crisparon sobre el aro del volante.

—No —dijo en tono concentrado—. O, al menos, no tenía por qué estar ninguno de ellos en este lugar —su vista se tendió hacia arriba, en dirección al hueco situado entre las dos grandes rocas—. El que sea —añadió—, ha disparado desde allá arriba. Y, seguramente, con un rifle dotado de mira telescópica.

—Pero yo no he oído ningún disparo —exclamó Laurie.

—Lo mismo que hay silenciadores para las pistolas, los hay también para los rifles. Eso no tiene la menor importancia —Hoffer aparecía muy pensativo.

Hubo una pausa.

CAPÍTULO VIII

Hoffer sacó cigarrillos. Los dos fumaron durante unos momentos, sin hablar.

—Es evidente —dijo él poco después— que esos sujetos están bien organizados. La aparición de los dos forajidos que se disponían a detenernos, lo demuestra cumplidamente.

—Pero, ¿por qué querían detenernos, Zisk? —preguntó ella.

—Cuando una persona estorba, se la quita de en medio, provisional o definitivamente —respondió el joven—. Lo cual me reafirma en mi creencia de que «Cicatriz» está en Reimüller con el profesor Mihályi.

—Bien, nosotros vamos precisamente a Reimüller —dijo Laurie.

—Sí, claro. Pero... ese tirador... Sigue preocupándome, Laurie.

—¿No mencionaron ustedes ayer al *Intelligence Service*?

—¿Y cómo sabía el tipo que nosotros teníamos que pasar por aquí, mejor dicho, que esos rufianes iban a detenernos precisamente en este lugar?

Ella enseñó las palmas de las manos.

—A mí, que me registren —dijo, humorísticamente.

Hoffer no sonrió siquiera. De pronto, alargó la mano y tocó un botón del cuadro de mandos. Con la otra desenganchó un micrófono y se lo acercó a los labios. Una voz gangosa penetró inmediatamente en la cabina.

—Punto Siete al habla.

—Aquí, Punto Tres —dijo el joven—. He tenido un encuentro con dos hombres de «G-2».

—¿Dónde?

Hoffer miró hacia afuera.

—A unos dos kilómetros y medio antes de llegar a Gaal, al pie de un terraplén de forma triangular, cubierto parcialmente de abetos y en cuya parte superior hay dos grandes rocas en forma de torres.

—¿Qué ha sido de los dos tipos?

—Pretendieron secuestrarnos, es decir, ponernos fuera de la circulación. Uno de ellos está en el portamaletas de un coche negro, «Mercedes», matrícula WI-7-988, con un balazo en la cabeza. El Otro cayó al fondo del Ingering y se estrelló contra las rocas.

La interjección del invisible personaje que hablaba a través de la radio, resultó explosiva:

—¡...! ¿Qué te dieron esta mañana para desayunar en el hotel: salchichas rellenas de picadillo de corazón de tigre, Punto Tres?

—Me dieron el susto padre —gruñó Hoffer, descontento—. Si me

descuido, uno de ellos me raja las tripas. Bueno, a ver si enviáis alguien pronto a llevarse el coche. Yo tengo que seguir adelante. Cierro.

—De acuerdo. Cierro y buena suerte, pistolero.

Hoffer cortó la comunicación radial.

—No les ha dicho nada del sujeto con el rifle ni de los otros dos cómplices de los muertos —advirtió la muchacha.

—Respecto al primero, he considerado superfluo el mencionar nada, puesto que, a estas horas, no debe quedar de él ningún rastro allá arriba. Y en cuanto a los cómplices… recuerde que uno de ellos debe estar aún delante de nosotros, para detener a los coches que vengan de Reimüller o de Gaal. Y el otro se halla a retaguardia, pero de este ya se encargará mi amigo Kersch. Me olvidaba del tipo del *Intelligence Service,* aunque lo único que debe preocuparnos de él es que pueda pasar más desapercibido con el estrépito de la fiesta. ¿Se ha tranquilizado ya o quiere otra copita?

Ella movió la cabeza.

—Estoy bien, incluso asombrada de mi misma, Zisk. Pero recuerde lo que le dije: no pasa un día sin muertos.

—No es mía la culpa —respondió Hoffer sombríamente—. Jamás me había sucedido nada semejante hasta ahora.

—Pues se desenvuelve usted estupendamente. Parece un héroe de película.

—Son los papeles que menos me han gustado —dijo él. Dio gas y arrancó de nuevo.

* * *

La aldea de Reimüller se hallaba situada sobre un tremendo acantilado que caía a pico sobre el Ingering. Era una población muy pequeña, pero limpia y agradable de contemplar, con sus casas de tejado inclinado y las vigas oscuras al exterior, destacando contra la blancura de las paredes. La carretera se hacía terriblemente angosta en los últimos tramos y resultaba muy difícil conducir el coche. En algunos momentos, las ruedas del lado izquierdo rozaban literalmente el borde del camino, provocando en la muchacha auténticos estremecimientos de pánico. El menor descuido podía lanzarles al abismo, donde se estrellarían irremisiblemente.

A pesar de todo, el paisaje era maravilloso y embargaba los sentidos y suspendía el ánimo. Reimüller había sido construida en la ladera de una montaña y las casas formaban calles paralelas, cada una de las cuales se hallaba situada a un nivel superior sobre la precedente, de tal forma que la aldea se hallaba edificada sobre una serie de peldaños, a fin de permitir un mejor aprovechamiento del suelo. Al pie de los peldaños había una vasta explanada, de unos veinte metros de anchura por cien de longitud, de forma semicircular, que envolvía al caserío casi por completo. El extremo norte de la explanada terminaba en un impresionante derrumbadero que

caía sobre el río a plomo desde más de cien metros de altura, protegido por una sólida barandilla de hierro, lo cual constituía el mirador con el paisaje más espléndido que Laurie había contemplado jamás. El extremo opuesto de la explanada lo constituía el acceso a la aldea.

Cuando llegaron, repicaban las campanas de la pequeña iglesia de Reimüller y se escuchaban los estridentes sones de los instrumentos de viento de una pequeña banda de música, cuyos miembros estaban uniformados de una forma que se parecía mucho a los granaderos de Francisco José. Hoffer y Laurie se apearon y se unieron a los fieles que seguían a la procesión del Santo.

—¿Por qué sacan al Santo en procesión? —cuchicheó ella.

—Son las fiestas de primavera —susurró él— y le dan las gracias por las cosechas y las mercedes recibidas durante el año. Además...

—Además, ¿qué?

Hoffer sonrió maliciosamente.

—Los jóvenes piden una esposa fuerte y cariñosa y ellas piden un buen marido y muchos hijos. Quien reza al Santo tiene concedidos esos deseos con casi total seguridad.

Laurie se sonrojó de una forma que a Hoffer le pareció deliciosa. Luego callaron; la procesión estaba a punto de llegar al centro de la explanada, en uno de cuyos lados y frente al borde del derrumbadero se hallaba la iglesia.

La imagen del Santo penetró en la iglesia. Sonaron los estampidos de los cohetes y los músicos arrecieron en su vendaval de resoplidos. De pronto el ruido se acalló; el párroco de la aldea, revestido de los ornamentos de fiesta, acababa de volverse hacia los espectadores que abarrotaban casi literalmente la plaza. Movió el hisopó y bendijo a la multitud. Reverentemente, Hoffer inclinó la cabeza e hizo la señal de la cruz, mientras bisbiseaba una oración.

Laurie le miró de reojo y acabó por hacer lo mismo. El silencio duró un minuto apenas. Después, cuando el párroco se hubo vuelto, estalló de nuevo el ruido y el jolgorio. Entonces, las parejas se agarraron de las manos y empezaron a bailar una danza típica.

Hoffer tomó las manos de la muchacha.

—Pero yo no sé bailar —se defendió Laurie.

—Pues tiene que aprender —sonrió él—. Además, no es difícil. Sígame, ya verá qué sencillo resulta... Un paso, uno... dos, uno... dos, dos... uno, dos, tres... ¿Lo ve? ¡Cuidado no pierda el ritmo! Un paso... dos uno... —bajó la voz repentinamente—. No deje de mirar a ver si está por ahí el hombre de la cicatriz...

—¿Y el profesor Mihályi?

—¡Silencio! No pronuncie nombres... Cuidado, que está perdiendo el compás... Vamos a ver... Así, muy bien...

Bailando continuamente, dieron la vuelta a la plaza, completamente llena de gente que se movía al compás de la música. A la derecha de la iglesia vieron un gran café con una terraza llena de mesas, casi todas ellas ocupadas.

Hoffer sintió de pronto que los dedos de la muchacha se crispaban sobre los suyos.

—¿A quién ha visto, Laurie? —preguntó.

La orquesta atacó en aquel momento *Rosas del Sur.* Empezaron a valsar.

—Al hombre del I. S., Zisk —contestó ella en voz baja.

—¿I. S.? Ah, sí, entiendo. Dígame cuál es.

Hoffer hizo girar a la muchacha a pocos metros de distancia de las sillas.

—Segunda fila de mesas, tercera contando a partir de la iglesia —contestó ella.

Hoffer miró disimuladamente en aquella dirección. Había un hombre joven sentado ante un gran jarro de cerveza, de la cual bebía pausadamente, alternando la bebida con largas chupadas al cigarrillo que tenía en la mano izquierda.

—Ya me he fijado en él —murmuró—. Ahora, cuando termine la orquesta esta pieza, nos sentaremos a la mesa inmediatamente delantera.

—Conforme —respondió ella—. Pero, ¿qué va a hacer usted?

—Ya lo veremos. Déjeme pensar algo.

El vals terminó de pronto. Hoffer separó los brazos del talle de la muchacha, justo en el momento en que la banda iniciaba una nueva pieza. Entonces, un muchacho joven y fuerte se acercó a Laurie.

—¿Me permite, señorita? —Y antes de que ella tuviera tiempo de replicar, la enlazó por la cintura y se la llevó de allí.

Hoffer se echó a reír al observar la cara de asombro que había puesto la muchacha. Mejor, se dijo; de este modo, podrían pasar más inadvertidos. Sentóse ante la mesa y pidió dos jarras de cerveza, situándose de tal modo que pudiera vigilar con el rabillo del ojo al agente inglés. No podía ver lo que hacía, pero al menos podría darse cuenta cuando intentara marcharse de allí.

Mientras tanto, Laurie continuaba valsando. Su pareja era un robusto muchacho, de rizado pelo rubio y ojos muy azules, que desmentía el proverbial laconismo teutónico. Hablaba y hablaba sin cesar y las palabras fluían de su boca en un chorro continuo, sin apenas otra interrupción que la justa para permitir a la muchacha contestar con una afirmación o una negación. Laurie empezó a sentir que se mareaba a causa de tantas vueltas y tanta palabrería.

El campesino la dejó cuando, en un levísimo intervalo, un hombre algo mayor que él solicitó su compañía para la próxima pieza. Laurie se negó.

—Estoy cansada —dijo, defendiéndose.

El aspirante a bailarín aparentaba unos treinta y cinco años y era de anchos hombros y mirada penetrante. Sonreía con gran cortesía y pareció sentirse defraudado al escuchar la negativa de la muchacha.

—Solo esta pieza, por favor, señorita —rogó.

Laurie exhaló un suspiro.

—Muy bien, pero le requiero como testigo por si alguien quiere hacerme bailar la siguiente.

—Conforme, señorita.

El brazo del hombre la enlazó por la cintura. Laurie notó al instante la suave pero firme presión a que era sujeta. Su pareja era un formidable bailarín y valsar con él era cosa sumamente fácil. Laurie creía hallarse pisando sobre nubes, tal era la facilidad con que se deslizaban sobre el suelo.

—Me llamo Schaffer, Udo Schaffer —dijo de pronto el hombre.

Ella vaciló. Al fin dio el primer nombre que se le vino a las mientes.

—Schmidt, Anneliese Schmidt —creía que no podía decir otro más típico.

—Encantado, Anneliese —sonrió Schaffer. Sonreía muy atractivamente, reconoció la muchacha.

—¿Qué tal, Udo? —Ello sonrió también.

—¿Muchos días por aquí?

—La fiesta de hoy solamente.

—¿Y luego?

—Volveré a… a Salzburg. Vivo en… en Fürsten Allée —dijo, recordando desesperadamente el primer nombre de la topografía salzsburguesa que le vino a las mientes.

—Me gustaría ir a verla algún día, Anneliese. Yo vivo en St. Gilgen. Está solo a treinta y dos kilómetros de Salzburg.

—Cuando quiera, Udo, por supuesto —contestó ella amablemente. ¡Parecía un joven tan simpático!

—¿También ha venido a pedir novio al Santo? —preguntó Schaffer riendo.

—No. Yo… yo ya tengo novio. Vive en… en Oberalm. Está a quince kilómetros de Salzburg, como sabe usted sin duda, Udo.

—Claro. ¿Ha venido con usted?

—No. Estoy pasando unos días con unos tíos que residen aquí, en Reimüller. Pero me iré apenas haya terminado la fiesta. Mis… mis vacaciones se acaban ya.

—¡Qué lástima! —se lamentó Schaffer.

La muchacha no contestó esta vez. Hasta entonces había dado unas respuestas poco menos que mecánicas, sin apenas interesarse en la conversación, sumamente preocupada por todo cuanto les había ocurrido hasta aquel momento. ¿Dónde se habría metido «Cicatriz»? ¿Qué había

hecho con el profesor?

Tan abstraída estaba que no se percató siquiera de que la orquesta la había emprendido con un nuevo vals, a continuación del anterior. Vagamente, por entre medio de sus pensamientos, se dijo que los músicos debían poseer unos pulmones fenomenales, cuando resistían tanto tiempo sin dejar de tocar. Empezaba a notarse ya los pies doloridos y ansiaba volver junto a Hoffer para sentarse ante la mesa y refrescar sus ya resecas fauces con un buen sorbo de cerveza.

—Le estaba diciendo —exclamó de pronto Schaffer —que cómo piensa volver a Salzburg. Tengo mi coche cerca de Reimüller y si carece de otro medio, yo podría llevarla hasta aquella ciudad. También emprendo el regreso hoy mismo, Anneliese.

—Oh, no será necesario —contestó ella. Le miró rectamente; parecía un hombre muy agradable. Lo único que le disgustaba un poco de su fisonomía era aquel raro abultamiento en el lado izquierdo de su frente. Daba la sensación de ser el resultado de un golpe que hubiera provocado una hinchazón, la cual, luego de perder el habitual color violáceo propio de tal clase de lesiones, hubiera quedado de modo permanente sobre la frente de Schaffer. El abultamiento, por otra parte no excesivamente pronunciado, llegaba hasta la ceja, la cuál era notablemente frondosa. Laurie empezó a notar en su subconsciente una vaga llamada de alarma.

¿Qué le recordaban aquellos detalles fisonómicos? De repente y, sin saber por qué, le vino a la memoria una ocasión en que había colocado un trozo de papel recio sobre una moneda de diez chelines y lo había oprimido fuertemente hasta conseguir una perfecta impresión de los relieves de la moneda. ¿Por qué había pensado en la moneda y el papel marcado?

Súbitamente se dio cuenta de que estaban en el extremo norte de la explanada, muy cerca de la barandilla protectora. Las casas privaban de la vista cuanto ocurría frente a la iglesia, en la plaza, aunque no del ruido de la fiesta. Entonces lo comprendió todo.

Sus ojos se desorbitaron por el horror… ¡Udo Schaffer era el hombre de la cicatriz!

Era preciso reconocer que el maquillaje que había hecho desaparecer la señal de la carne y eliminado el trozo sin vello en la ceja estaba magníficamente aplicado. A no ser por aquel subconsciente recuerdo de la moneda y el trozo de papel, no le habría reconocido.

Le miró, terriblemente pálida, y se dio cuenta de que Schaffer sabía ya que ella conocía su identidad. Entonces, Laurie creyó por un momento que el ruido se había acabado en el mundo.

CAPÍTULO IX

Todo cuanto la rodeaba desapareció inmediatamente de su vista. La música y los alegres gritos de los festejantes dejaron de herir sus tímpanos. Los músicos seguían tocando y los habitantes de Reimüller continuaban divirtiéndose, pero ella no oía nada.

Ni tampoco veía el paisaje que se extendía en torno a los dos. Solo tenía ojos para el rostro de «Cicatriz», en cuyos labios se dibujaba una cruel sonrisa.

En aquel momento comprendió la diabólica habilidad del asesino. Con gran astucia, la había ido separando poco a poco de la espesa masa de bailarines, aprovechándose tanto de la distracción proporcionada con su afluente charla, como de los pensamientos que habían embargado su atención durante aquellos momentos para llevársela al otro lado de la explanada, donde nadie podía verlos.

¡Y la barandilla estaba solo a dos pasos a su espalda!

Los brazos de Schaffer la empujaron lenta pero irresistiblemente hacia el borde del abismo. Laurie se imaginó a sí misma, cayendo por el derrumbadero, rebotando en las rocas salientes, volteando como un pájaro herido de muerte, hasta estrellarse contra el pedregoso fondo del Ingering, convertida en un montón de carne y huesos completamente destrozados.

—No, no, por favor... —gimió.

La sonrisa de Schaffer era perversa, diabólica.

—Mi querida señorita Spellton— ¿cómo sabía su nombre? preguntóse ella—, no hay nada que me disguste más que tener que convertirla a usted en un cadáver, pero las circunstancias no me dejan otra opción. Aposté a dos de mis hombres para detenerlos; tenían órdenes severísimas de respetar sus vidas, pero ustedes franquearon esa barrera. Lo siento, pero no me queda otra opción.

La cintura de la muchacha tocó el borde superior de la barandilla de hierro. El ruido de la fiesta ahogó el fragor de las tumultuosas aguas del Ingering.

—Por favor —gimió, loca de espanto.

—Es inútil —las pupilas de Schaffer despidieron de pronto un fulgor satánico—. Repito que lo siento.

Laurie se vio perdida. Schaffer se inclinó. Quería cogerla por las piernas y lanzarla al abismo por encima de la barandilla protectora.

Entonces, loca de espanto, desesperada, Laurie encontró fuerzas para resistirse. De modo puramente instintivo, sin saber casi lo que hacía, se agarró con todas sus fuerzas al cabello del asesino y pegó un fortísimo

tirón.

Schaffer lanzó un rugido de cólera al sentir un vivísimo dolor en su cuero cabelludo. Laurie volvió a tirar.

La mano derecha del forajido agarró su tobillo izquierdo. Laurie tiró frenéticamente de los cabellos de Schaffer, arrancándole un auténtico rugido de ira. Instintivamente, Schaffer la soltó un poco.

Laurie luchaba por su vida. Al sentir libre su pie extendió la otra mano y se agarró a la oreja del individuo, tirando con todas sus fuerzas. Las manos de Schaffer forcejearon por separarse de la muchacha.

Pero ella no estaba dispuesta a abandonar tan fácilmente su presa; al menos, mientras no hubiera desaparecido la inminencia del peligro que estaba corriendo. Volvió a tironear fieramente el cabello y la oreja de su adversario, arrancándole auténticos alaridos de dolor. Simultáneamente, empezó a patearle las espinillas con las punteras de sus fuertes zapatones aldeanos.

Schaffer se vio obligado a soltarla. Entonces ella le soltó también, pero antes de que el asesino, ciego de dolor, tuviese tiempo de cogerla de nuevo, Laurie alargó ambas manos y le pegó un fortísimo empellón en el pecho, lanzándolo de espaldas al suelo. Acto seguido, giró hacia su derecha y echó a correr hacia la plaza.

Estaba como loca. Todavía no acababa de creer que había salvado la vida poco menos que milagrosamente. El corazón le golpeaba fuertemente las costillas y le dolían los costados, a la vez que sentía arderle los pulmones. En pocos segundos se confundió con la masa de personas que festejaban el día.

Trató de abrirse paso a viva fuerza, arrojando continuamente aprensivas miradas hacia atrás. A cada momento que transcurría, creía ver a Schaffer tras ella y le parecía sentir el horrible frío de un agudo estilete penetrando en sus carnes. Sudaba de pánico, pero no se atrevía a lanzar un grito, sabiendo que nadie la haría caso.

Se acercó al café y trató de mirar por encima de la espesa masa de bailarines. De pronto, la banda de música atacó un frenético *galop*.

Instantáneamente se formó un gran corro de personas cogidas por las manos que corrían y saltaban describiendo un amplio círculo alrededor de la plaza. Sin saber cómo, Laurie, se encontró en el centro de la masa —el círculo estaba compuesto por varias espesas filas de hombres y mujeres—, la cual corría y se agitaba enloquecidamente, sacudida por una especie de fabuloso frenesí, del cual brotaba un ensordecedor coro de gritos y risas que la ensordecían y aturdían. A su pesar, se vio obligada a unirse a la masa y a correr y a saltar, sin que sus esfuerzos para evadirse de aquel fantástico apelotonamiento de gente dieran el menor resultado.

El espeso círculo dio una vuelta a la plaza, dos, tres... Laurie estaba ya al borde del agotamiento, pero hacía inauditos esfuerzos por mantenerse

en pie, temiendo que si se dejaba caer al suelo, sería aplastada por los innumerables pies de aquel fantástico monstruo compuesto por varios centenares de hombres y mujeres que saltaban y se agitaban incansablemente. Al fin, cuando ya no podía más, cuando empezaba a resignarse con la idea de derrumbarse y correr la triste suerte de ser machacada y aplastada por un par de miles de zapatos, cesó la música y los festejantes detuvieron su baile alocado.

Tambaleándose, con los pies destrozados, sofocada por el ropaje que vestía, se abrió paso por entre la muchedumbre, volviendo la vista atrás a cada momento, sin que el temor de ser seguida por Schaffer la abandonase un solo instante. Al fin alcanzó el borde de la multitud y pudo contemplar las mesas del café.

Estuvo a punto de caerse de espaldas. ¡Franz Hoffer había desaparecido!

⋆ ⋆ ⋆

Hoffer perdió de vista a la muchacha cuando se la llevó bailando de allí el robusto campesino. No se preocupó por ella, sabiendo que, tarde o temprano, Laurie acabaría por zafarse de los aspirantes a ser su pareja y volvería junto a él. Su auténtico interés, en aquel momento, estaba centrado en el agente del *Intelligence Service.*

Bebió medio jarro de cerveza y terminó su cigarrillo. El inglés parecía muy entretenido en la contemplación del brillante y movedizo espectáculo que se desarrollaba en la plaza. Hoffer no podía ver lo que hacía el inglés, pero percibía el bulto de su figura constantemente, mientras fingía ser un espectador más.

Tomó otro sorbo de cerveza y prendió fuego a un segundo cigarrillo. Sonrió; Laurie debía estar divirtiéndose mucho en el baile. ¡Pobrecilla! La verdad era que, después de lo que había pasado, se merecía aquel rato de distracción. La lástima era que no pudieran entregarse por completo a la diversión; ¡resultaba tan divertida y animada aquella fiesta! De pronto captó la imagen del inglés que se ponía en pie.

Sus músculos se tensaron a la vez que fruncía el ceño. Y Laurie sin volver.

Giró un poco en la silla, afectando realizar un gesto natural, pero sin dejar de observar al agente del I. S. Este encendió un cigarrillo con toda parsimonia y luego empezó a sortear las mesas con intención de abandonar la terraza del café.

Hoffer sacó un billete de cincuenta *schillings* y lo dejó sobre la mesa, sujeto por el borde inferior del jarro. Luego se puso en pie.

El inglés había llegado ya a la esquina de la casa del café. Allí se iniciaba una angosta callejuela, cuya otra pared estaba formada por los muros de la iglesia. Procurando actuar con entera naturalidad en todo

momento, Hoffer siguió tras las huellas del agente.

La callejuela era muy empinada y en algunos trozos era más bien una escalera con rápidos peldaños de piedra. Ocultándose tras la esquina, Hoffer asomó el ojo derecho, viendo que el inglés desaparecía por la parte posterior de la iglesia.

Echó a correr inmediatamente, alcanzando la esquina próxima en unos cuantos segundos. Se asomó y retiró la cabeza en el acto al ver que el inglés volvía la suya para comprobar si era seguido. Esperó un momento y luego tomó a mirar.

El británico desapareció por la próxima callejuela perpendicular de su izquierda. Hoffer corrió de nuevo; por todos los medios debía procurar no perderlo de vista. Tenía la impresión de que el agente del *Intelligence Service* sabía algo muy importante y él quería averiguarlo a toda costa.

La calleja siguiente poseía todas las características de la anterior. Estaba completamente desierta; todos los habitantes de la aldea se habían concentrado en la explanada para disfrutar de la fiesta.

Súbitamente, el inglés se metió por la puerta de una casa y desapareció en su interior. Hoffer permaneció unos momentos irresoluto, sin saber qué decisión adoptar.

Caminó lentamente, pegado a las paredes, hasta alcanzar la puerta. Aguzó el oído; el silencio dentro de la casa era total.

Empujó la puerta. Una de las bisagras emitió un leve chillido. Hoffer rogó que el ruido no se hubiera oído en el interior de la casa, ahogado por el lejano estruendo que procedía de la fiesta. Atravesó el umbral, cerrando a sus espaldas, aunque dejando una estrecha rendija a fin de permitir pasar algo de iluminación al zaguán.

Un leve murmullo de voces llegó a sus tímpanos. De pronto oyó un golpe sordo, un gemido, y luego el inconfundible ruido de un cuerpo humano al caer al suelo.

A pocos pasos de la entrada arrancaba una escalera que conducía al piso superior. Hoffer sacó la pistola y tiró de la corredera, llevando un cartucho a la recámara. Luego emprendió la ascensión, evitando cuidadosamente todo ruido delator.

La escalera terminaba en una puerta, delante de la cual había un rellano cuadrado de metro y medio de lado. Hoffer aplicó el oído, sin poder escuchar otra cosa que vagos murmullos de dos hombres que hablaban evidentemente en inglés.

De pronto oyó mi ruido inconfundible: alguien acababa de abrir una ventana.

Hoffer recordó en el acto la curiosa disposición de la inmensa mayoría de las casas de Reimüller, cuyas ventanas posteriores estaban situadas casi a nivel del piso de la calle superior. Entonces comprendió que el agente del I. S. y su presa pretendían escapar por aquel punto.

Ya no podía esperar más tiempo. Pegó un fuerte empujón a la puerta e irrumpió en la habitación en el instante exacto que un hombre pasaba ya una de sus piernas por el alféizar de la ventana.

—Quietos —ordenó perentoriamente, apoyando la orden con la pistola que empuñaba—. No se muevan, se lo ruego.

CAPÍTULO X

El hombre de los cabellos blancos se volvió en el acto, enormemente sorprendido por la intimación del joven. Este se dio cuenta de que había un sujeto tendido en uno de los lados de la estancia, al parecer inconsciente a causa de un golpe que alguien le había proporcionado.

El británico frunció el ceño.

—¿Por qué esa pistola, amigo? —preguntó con mucha cortesía, a pesar de todo.

El cañón del arma apuntó hacia el profesor.

—Usted lo sabe demasiado bien, Barry… nosécuántos. Profesor —se dirigió al hombre de los cabellos blancos—, le ruego retire esa pierna del antepecho y vuelva de nuevo a la habitación.

Mihályi obedeció en el acto. La sorpresa y el temor se pintaban en su rostro.

—¿Qué es lo que pretenden hacer conmigo? —preguntó en tono lastimero.

—Descuide, profesor; nadie le causará el menor daño —respondió el joven—. Solo pretendo aclarar algunos extremos… con la inestimable ayuda de mi amigo Barry… nosécuántos.

—Lexter, Barry Lexter —respondió el inglés educadamente.

—Suponiendo que ese sea su verdadero nombre, señor Lexter.

—¿Podría usted demostrar lo contrario, señor…?

—Hoffer, Franz Hoffer, oficial del Servicio Secreto Austríaco. Efectivamente —añadió—, ya me imagino que toda su documentación estará en regla y que nadie podría demostrar que usted no es Barry Lexter, pero eso importa poco ahora. Lo realmente interesante para mí es haber hallado al profesor Mihályi.

—Lo cual significa, en términos vulgares —expresó el británico—, que me ha chafado usted la papeleta.

—Eso depende del punto de vista, señor Lexter —respondió el joven fríamente—. Ahora desearía que me aclarase algunas cosas.

Lexter enarcó las cejas.

—Podría negarme a ello, oficial. Usted lo sabe bien.

—Se vería entonces en un mal paso, Lexter —respondió Hoffer, apeando el tratamiento—. ¿Qué le parecería una acusación por contrabando de divisas o algo por el estilo? Para su carrera en el *Intelligence Service,* ese sería sin duda un grave tropezón, que le dejaría a usted fuera de la organización para el resto de sus días. Y, por supuesto, el I. S. no se cubriría de gloria precisamente.

El rostro del inglés se contrajo repentinamente.

—Está bien —dijo—. Usted gana, Hoffer. ¿Qué es lo que quiere saber de mí?

—Deseo que me aclare algunas cosas. Por ejemplo, cómo llegó a saber que encontraría al profesor Mihályi en Reimüller.

—Fue mi compañero, Hamrin, el que lo averiguó. No sé cómo, esta es la verdad. Me dijo el nombre de la aldea e incluso la casa momentos antes de morir apuñalado.

—¿Dónde estaba usted cuando lo asesinaron?

—En el vestíbulo del «Burghotel», aguardando la vuelta de la señorita Spellton.

—¿Y no se dio cuenta de que lo acuchillaban? ¿No pudo apercibirse de la identidad del asesino?

—No, porque Hamrin se limitó a pasarme los datos y me dijo que subía a ver qué podía encontrar en la habitación de Laurie Spellton. Al observar su tardanza, subí y me lo encontré tendido sobre el lecho, acuchillado.

—¿Y no hizo nada por avisar a la policía?

—Quería evitar preguntas indiscretas, eso es todo.

—Se comprende, claro. Pero —añadió Hoffer— usted disparó contra uno de los sujetos que nos habían detenido a dos kilómetros y medio de Gaal.

—Temí que aquellos forajidos acabaran echándolos al Ingering.

—De modo que se ha traído usted un rifle con silenciador y mira telescópica. El I. S. no se priva de nada, ¿eh?

—Es preciso estar preparado contra toda eventualidad.

—Y por ello se apostó en la cima del terraplén, entre las rocas.

—Quería observar su paso, simplemente.

—Los hombres de «Cicatriz» —observó Hoffer—, nos dijeron que habían cerrado la carretera mientras nos detenían a nosotros. No vimos a nadie al seguir adelante.

Lexter sonrió.

—Me adelanté a ustedes y espanté al otro con un par de tiros que le debieron silbar muy cerca, a juzgar por la forma de mover las piernas —sonrió el británico—. Luego me llegué hasta Reimüller, ya sin prisa y… Oiga, ¿qué es lo que piensa hacer con el profesor Mihályi?

—Eso es cuenta de mis superiores —respondió secamente Hoffer—. En cambio, yo podría preguntarle lo mismo, Lexter.

El inglés se levantó de hombros.

—Tema el encargo de ofrecerle un buen puesto en un laboratorio de mi país. Ahora, puede decirse que soy un hombre fracasado, Hoffer.

—Quizá no —dijo el joven sibilinamente. Se volvió hacia Mihályi—. Profesor, su secuestro ha terminado ya. ¿Tiene algún deseo que expresar en cuanto a su futura residencia?

El rostro del científico estaba cubierto de sombras.

—A menos que llegue a Inglaterra —respondió—, esos sujetos rio me dejarán ni a sol ni a sombra. Si vuelven a secuestrarme, me llevarán a Hungría, y una vez allí, imagínense lo que harán conmigo.

Sobrevino una leve pausa. Luego, Hoffer dijo:

—Nosotros nos encargaremos de que eso no ocurra, profesor —se volvió hacia el británico—. Supongo que usted no tendrá el menor inconveniente en aguardar la decisión de nuestras autoridades.

—Por supuesto —respondió Lexter cortésmente.

Hoffer volvió la vista hacia el caído.

—¿Y este tipo? —inquirió.

—Estaba vigilándome —manifestó Mihályi, en cuyo rostro empezaba a aparecer una expresión de visible alivio.

—Voy a ver qué es lo que tiene encima —dijo Hoffer.

Guardó la pistola y se arrodilló junto al caído, desposeyéndole de un revólver de cañón corto, que metió en su bolsillo. Luego le registró cuidadosamente, deteniéndose con especial atención en una pequeña agenda de notas, cuyas páginas pasó una por una.

—Aquí veo que han arrancado una hoja —dijo de pronto. Movió la cabeza—. Este fue, por tanto, el que mató a su compañero, Lexter.

—Me gustaría perder por un momento mi sentido de la civilización —dijo el inglés—. Le degollaría sin sentir el menor remordimiento, se lo aseguro, Hoffer.

—Le creo. Sin embargo, ni usted ni yo podemos actuar de ese modo. ¡Calle! ¡Aquí veo un nombre escrito!

—¿Qué nombre es? —preguntó Lexter.

El joven movió la cabeza.

—Permítame que me lo reserve por el momento —respondió. Y se guardó la agenda en el bolsillo.

Luego se puso en pie. Miró en torno suyo. Había un lavabo en uno de los ángulos de la estancia. Tomó la jarra y vertió parte de su contenido sobre el caído.

Este se removió un par de veces y luego miró en torno suyo con aire estúpido.

—¿Qué es lo que me ha pasado? —preguntó torpemente.

—Se le cayó encima una tonelada de cemento fraguado —contestó Hoffer abruptamente—. Vamos, granuja, ponte en pie.

El individuo obedeció. El temor y la aprensión se reflejaban en su mirada.

—¿Qué es lo que van a hacer conmigo? —preguntó, lamiéndose los labios con la lengua.

—Por ahora no puedo decirte nada, salvo que estás medido en un buen lío. ¿Cómo te llamas?

El forajido paseó la mirada en torno suyo, con expresión de bestia acorralada.

—Hans, Hans Müller —contestó al cabo.

El joven hizo una mueca despectiva.

—También podrías haber dicho John Smith o Iván Ivanovitch. Bueno, ya te sacaremos el nombre verdadero, no te preocupes. Escucha con atención —Hoffer sacó la pistola dotada de silenciador y se la enseñó—. Queremos salir de la ciudad y queremos hacerlo sin ruido ni organizar ningún escándalo. Eso depende de ti, ¿comprendes? La pistola es segura y tampoco ocasiona el menor ruido cuando se la dispara. ¿Te has enterado?

—Sí —contestó Müller, volviéndose a lamer los labios.

—Entonces, vámonos. Profesor, usted deberá acompañarnos, lo mismo que usted, Lexter.

—De acuerdo —contestó el agente del I. S.

—Tengo que llevar al profesor a presencia de mis superiores. Si ellos deciden que el profesor queda en plena libertad de acción, entonces, usted, Lexter, podrá llevárselo adonde mejor le plazca, ¿estamos?

—Conforme —respondió el británico.

Salieron de la habitación y emprendieron el descenso. Hoffer iba el segundo, agarrando por el cuello a su prisionero. De pronto, cuando ya estaban a punto de alcanzar el zaguán, Müller le clavó un codo en el estómago y se lanzó hacia adelante.

Hoffer lanzó un gemido de dolor, a la vez que se curvaba sobre sí mismo. Detrás de él, Lexter soltó una palabrota.

Müller alcanzó la puerta, la abrió y escapó a todo correr, antes de que ninguno de los dos agentes pudiera detenerle. Lexter sacó la pistola, pero su gesto resultó torpe, embarazado por el cuerpo del profesor, que se había emparejado con él para bajar la escalera.

—¡Ese maldito! —barbotó el británico.

Hoffer se frotó el estómago dolorido.

—No importa; el pez más gordo está en la red. Perdone que hable así de usted, profesor.

—Oh, no tiene ninguna importancia —respondió Mihályi pausadamente—. La metáfora es certera y, por otra parte, me siento sumamente contento de que me hayan librado de las garras de esos malhechores.

—No volverán a secuestrarle, se lo aseguro, profesor— afirmó el joven rotundamente.

Salieron de la casa. Entonces, Hoffer se pegó una fuerte palmada en la frente.

—¡Cielos! —exclamó—. Me había olvidado por completo de la chica.

—Es verdad —exclamó Lexter—. ¿Dónde está?

—La dejé en la fiesta, bailando con un aldeano. Me estará poniendo

verde, se lo aseguro.

Lexter le miró de soslayo.

—Y tendrá razón —dijo maliciosamente.

—Váyase al diablo —refunfuñó el joven.

Emprendieron el descenso. Poco después, llegaban a la plaza, en donde el baile seguía en todo su apogeo. Laurie estaba sentada a una de las mesas del fondo, completamente desmadejada, con todo el aire de haber recibido una monumental paliza.

Hoffer sonrió para sus adentros. Sorteando las mesas, seguido por el profesor y Lexter, se acercó a la muchacha.

—Laurie.

Ella levantó la vista, pero no abandonó su actitud de flojera.

—Siéntense por dónde puedan —dijo.

Hoffer se dio cuenta de que algo extraño le ocurría a la muchacha.

—A usted le pasa algo, Laurie —comentó. Hizo las presentaciones y luego se sentó frente a ella—. Cuéntenos, ¿qué le ha sucedido?

—¿Qué me ha sucedido? —repitió la muchacha con voz átona—. Casi nada. «Cicatriz» estuvo a punto de tirarme al Ingering.

Hoffer pegó un bote en el asiento.

—¡Cómo! ¿Lo ha visto? ¿Dónde está?

—Puedo responder a la primera pregunta, pero no así a la segunda —manifestó Laurie desmadejadamente—. Escapé… y bastante suerte tuve de no hacerme polvo contra las rocas del Ingering.

Uno de los músicos de la orquesta se había embriagado y rondaba por las mesas, soltando piporrazos a diestro y siniestro con un trombón de tamaño descomunal. Fue preciso esperar a que alguien se llevara al beodo para poder hablar sin necesidad de que se enterasen los clientes de las mesas contiguas.

—Bueno, cuéntenos, Laurie —dijo Hoffer—. Estoy que salto en el asiento.

—Pues no hay mucho que decir. Cuando se acabó la primera pieza, vino un sujeto muy simpático y me pidió que bailase con él. Alegué que estaba fatigada, pero el otro insistió tanto que tuve que aceptar poco menos que a la fuerza. No sé qué me pasó; quizá me distraje pensando en todo lo que ha pasado hasta ahora… y «Cicatriz» resultó ser, por lo menos en esta ocasión, un sujeto encantador y de una conversación realmente agradable. El caso es que cuando quise darme cuenta, ya estábamos en la parte oculta de la explanada, junto a la barandilla. Entonces me di cuenta de quién era él… y él lo notó también. Bueno, estoy aquí de milagro, porque ya me había agarrado por un tobillo y…

—¿Cómo se las arregló usted para soltarse? —preguntó Lexter.

Laurie sonrió desmayadamente.

—Empecé a darle tirones de pelo. Luego me agarré a una oreja…

Lexter se echó a reír.

—Ese tratamiento no hay quien lo resista, desde luego —comentó jocosamente.

—¿Y qué hizo después? —quiso saber Hoffer.

—Escapar, naturalmente.

—¿Vio lo que hacía «Cicatriz»?

—En absoluto. Cualquiera se entretenía en volver la vista atrás… Bueno, lo hice alguna vez, pero Schaffer debió desaparecer.

—¿Se llama Schaffer? —preguntó Hoffer.

—Al menos, ese es el nombre que me dio —respondió Laurie.

—Pero, ¿cómo supo que era él? Porque, me imagino, se habría disfrazado o, por lo menos, alterado su fisonomía.

—Tenía la cicatriz maquillada, así como la ceja. No sé aún exactamente cómo fue; quizá el instinto me hizo pensar en el bulto de la frente, el cual me había parecido un poco anormal. Se me ocurrió relacionarlo con… Oh, eso importa poco ahora. El caso es que cuando Schaffer vio que yo le había descubierto dijo que tenía que suprimirme y… bueno, ya está. Eso es todo, salvo que cuando regresé a la plaza, no le vi a usted en la mesa, Zisk.

Lexter contuvo una sonrisa.

—Estaba siguiéndome, señorita Spellton. Por eso no le encontró. Pero él sí supo encontrarme a mí y encontrar al profesor Mihályi.

Laurie suspiró.

—Y ahora, ¿qué tenemos que hacer? —dijo.

—Esperemos en Knittelfeld a que vengan mis superiores. Ellos decidirán el resto.

—¿Y no van a perseguir a Schaffer? Ese hombre ha cometido un montón de crímenes, Zisk —exclamó ella vivamente.

—Deje eso para quien tiene que hacerlo. Nosotros tenemos otro trabajo que realizar, pero no daremos un solo paso sin antes tomarnos una buena jarra de cerveza para celebrar el rescate del profesor Mihályi. ¡Mozo!

CAPÍTULO XI

El coronel Sultzau levantó de pronto la vista del papel que tenía sobre la mesa y dijo:

—Bien, ya tenemos al profesor de nuevo con nosotros. Pero en cambio, «Cicatriz», o Schaffer —podemos darle este nombre por el momento, a falta de otro—, ha desaparecido por completo, sin dejar el menor rastro. Y es de suma importancia el encontrarle, porque de este modo podremos hallar a su jefe.

—La señorita Spellton dijo que se había tapado la cicatriz —observó Hoffer pensativamente—. ¿Y si en lugar de emplear maquillaje para ocultar una señal tan visible, fuese al contrario?

Kersch respingó.

—¡Cómo! ¿Supones que la señal es falsa?

—¿Y por qué no? —respondió él joven—. Esos tipos no emplean gente que pueda ser fácilmente reconocible. Acaso Schaffer se hizo la cicatriz artificialmente y luego se la quitó, a fin de engañamos mejor. Recuerda, Laurie dijo que le notó una extraña protuberancia alargada en la frente.

—Aun así, ese bulto sería una señal inconfundible.

—No, porque no es muy pronunciado y solo el que está en el secreto de la cicatriz reparará en él. Puede parecerle al profano una arruga inversa un poco más acentuada que las demás o el resultado de un golpe que ya empieza a desinflamarse.

—Todo eso no son más que bizantinismos —refunfuñó el coronel—. Lo que nos interesa es hallar a «Cicatriz» y a su jefe, el sujeto a quién designamos habitualmente con la cifra G-2.

—Yo tengo una pista —dijo el joven, esperanzado.

—Vamos, hable —pidió el coronel abruptamente—. ¿Qué pista?

—Encontré en la agenda del llamado Müller un nombre de ciudad. Aquí está —añadió Hoffer, sacando la agenda—. Mariasdorf.

Kersch desplegó el mapa y luego consultó la guía.

—¡Ojo! —exclamó—. Es una pequeña localidad situada a veinte kilómetros escasos de la frontera húngara.

Hoffer examinó el mapa, sin encontrar nada de particular en Mariasdorf.

—¿Qué diablos pensarán hacer allí? —murmuró entre dientes.

—Quizá no vayan —apuntó el coronel Sultzau.

—¿Por qué? —quiso saber el joven.

—Müller, bueno, el sujeto que utilizaba ese nombre, escapó. Habrá visto que se ha quedado sin su agenda de notas. Por lo tanto, supone que

nosotros la hemos leído. Se lo dirá a G-2, se lo dirá a «Cicatriz», alias Schaffer... *et voilá!* que dicen los franceses.

El joven se tironeó del labio inferior, sumamente pensativo.

—De todas formas —dijo—, convendría intentarlo. Ver qué puede haber en Mariasdorf para atraer la atención de esa pandilla.

—La proximidad a la frontera húngara.

—Pero ahora tenemos al profesor Mihályi con nosotros —objetó el coronel.

Hoffer miró en torno suyo con gesto sorprendido.

—Por cierto, ¿quién lo está vigilando?

—Lexter —contestó Kersch.

—Lexter —repitió el joven atónito—. Ese hombre no es seguro.

—Le conviene actuar con nosotros por su propio interés —opinó Sultzau.

—Con el debido respeto, señor —objetó el joven—, creo que no debimos dejarle nunca con el profesor. ¿Y si se escapan?

Sultzau sonrió ladinamente.

—No se escaparán —contestó—. Y si lo hicieran... bien, ya tengo un par de «sombras» dispuestos para seguirles a todas partes.

—No está mal —contestó Hoffer, inclinándose de nuevo sobre el mapa. Con gesto reflexivo, dijo—: Hay ciento cincuenta kilómetros desde Knittlfeld a Mariasdorf y tenemos que utilizar el siguiente itinerario: Knittelfeld, Bruck, Kirchdorf, Birkfeld, Hartberg, Oberwart y Mariasdorf. Entre Kirchdorf y Hartberg deberemos tomar caminos secundarios que, naturalmente, reducirán nuestra velocidad de marcha, por lo que estimo es imposible llegar a Mariasdorf antes de cuatro horas. Es decir, suponiendo que decidamos ir a esa población.

Sultzau se acarició la mandíbula con gesto pensativo.

—Tenemos con nosotros al profesor Mihályi, es cierto, pero...

El «pero» quedó flotando en el ambiente como un inequívoco signo de interrogación.

—A propósito —dijo el joven de pronto—, ¿registraron el coche de los que nos detuvieron cerca de Gaal?

—Sí. Lo han desmontado hasta el último tornillo, sin encontrar nada positivo —respondió Kersch.

Hoffer prendió fuego a un cigarrillo.

—Estamos en un callejón sin salida. «Cicatriz» y G-2 han conseguido escapar, pero no hemos resuelto aún lo principal. Mientras ellos están libres, continuarán con sus nefastas actividades.

—De momento, les hemos arrancado de las manos una presa muy importante. Me refiero a Mihályi, naturalmente —dijo Sultzau.

—Es cierto. Sin embargo, la fiera conserva la cabeza. No le hemos amputado más que algunos miembros sin importancia. Kersch, ¿qué es lo

que encontraron en la cabaña Paoli y Lieser?

—Una gran bolsa llena de conservas, eso es todo —respondió el aludido.

—Pues estamos casi igual que al principio —exclamó Hoffer, muy desanimado.

—Conviene no perder la esperanza, muchacho —dijo Sultzau juiciosamente—. En su lugar, yo me iría a descansar. Le está haciendo falta, se lo aseguro, Hoffer.

—Desde luego, señor. Pero, ¿qué hay del asunto Mariasdorf?

—Duerma tranquilo. Mañana le daremos una respuesta definitiva, Hoffer —contestó Sultzau.

—¿Y la chica? Me refiero, naturalmente, a Laurie Spellton.

Kersch guiñó un ojo a su jefe.

—La inglesita le ha trastornado, mi coronel —sonrió.

—¡Cállate, gaznápiro! —farfulló Hoffer—. ¿Qué me dice de *miss* Spellton, señor?

Sultzau reflexionó unos minutos.

—En realidad, como ya está enterada de todo, o de casi todo, mejor dicho, no existe inconveniente en que siga acompañándole. Es decir, si ella lo desea, ya que conviene no olvidar ni por un momento su condición de súbdita británica. Resultaría muy desagradable que le sucediese alguna cosa, que no estaríamos en condiciones de explicar satisfactoriamente.

—Bueno, hablaré con ella mañana al tiempo de desayunar. Espero —Hoffer sonrió ampliamente—, que querrá seguir hasta el fin.

—Y además, cosa muy importante, es la única de todos nosotros que ha visto a Schaffer a menos de un metro de distancia —añadió Sultzau.

—¿Cómo un metro? —saltó Kersch—. A juzgar por lo que nos relató, el pájaro apretaba de lo lindo al bailar.

Aquella frase puso de muy mal humor al joven.

—¿No podrías guardarte tus bromas para mejor ocasión? —refunfuñó.

Kersch se echó a reír.

—Dispensa, chico; no suponía que te lo habías tomado tan a pecho.

—Está bien —terció el coronel—. Hoffer, vaya a dormir.

—Sí, señor. Buenas noches.

—Buenos sueños —rio Kersch de nuevo.

Hoffer le arrojó una furibunda mirada. Luego se dirigió hacia la puerta y la abrió, saliendo al corredor del hotel donde habían tomado alojamiento aquella noche en Knittelfeld.

El corredor estaba alumbrado a medias, dado lo avanzado de la hora. Hoffer se sentía terriblemente cansado y ansioso de echarse a dormir. Miró a derecha e izquierda; dos puertas más allá, estaba la habitación donde pernoctaban Lexter y el profesor Mihályi. La siguiente puerta era la de su dormitorio, el cual estaba situado pared por medio del de Laurie.

Abrió la puerta y penetró en la estancia, cerrando a continuación. Estiró los brazos voluptuosamente; estaba tan cansado que tenía la seguridad de dormirse apenas apoyara la cabeza sobre la almohada. Empezó a quitarse la corbata y en aquel momento le pareció oír un ruidito raro en la habitación contigua.

Aguzó el oído. Sí, los ruidos procedían de la estancia asignada a la muchacha. Pisando silenciosamente, se acercó al tabique y aplicó la oreja al muro empapelado. De pronto captó el sonido inconfundible de una puerta que se abría.

Giró en redondo sobre sus talones y corrió hacia la puerta de su dormitorio. Fuera, en el pasillo, sonaron unos tacones que pisaban sobre el suelo alfombrado.

Abrió una rendija y, apenas lo había hecho, se quedó paralizado por el asombro. ¡Laurie se dirigía hacia la escalera que conducía al vestíbulo!

La muchacha desapareció en la esquina más próxima. Hoffer olvidó en un santiamén la fatiga que Sentía y, terminando de abrir, salió en persecución de Laurie. ¿A dónde diablos se dirigía, sin otro equipaje que un pequeño bolso de mano, a semejantes horas de la noche?

Descendió los peldaños de la escalera cautelosamente. Se detuvo en el descansillo central y vio a la muchacha que atravesaba el vestíbulo y salía a la calle. Inmediatamente echó a correr tras ella.

Salió del hotel, mirando a derecha e izquierda. Laurie caminaba muy aprisa, con pasos menudos pero rápidos, pegada a las paredes de las casas. De vez en cuando, se volvía para arrojar una mirada furtiva hacia atrás. Esto convenció a Hoffer de que el proceder de la muchacha no era todo lo recto que podría esperarse de ella y entonces se sintió defraudado. Pero no comprendía la causa de su decepción, porque se daba cuenta de que no se trataba solamente de su inexplicable acción, sino de algo más íntimo que no acertaba a explicarse.

Laurie dobló la primera esquina que le salió al paso. Hoffer la alcanzó en cuatro zancadas y luego asomó la cabeza cautelosamente.

Las calles de Knittelfeld, aunque bien iluminadas, aparecían prácticamente desiertas. Solo algún automóvil las recorría muy de cuando en cuando. Hoffer se aseguró de la dirección que llevaba la muchacha a fin de situarse a la distancia suficiente para que ella no le reconociese si por casualidad le veía alguna de las veces que se volvía para mirar.

Caminaron de este modo unos diez minutos. De pronto, Laurie se adentró en una espaciosa plaza, en cuyo centro había una monumental fuente artística, con una gran estatua de bronce sobre un elevado pedestal. La estatua representaba un guerrero medieval a caballo. Hoffer pensó vagamente que debía tratarse de una gloria local, pero apartó aquel pensamiento de su imaginación casi al instante.

Cuando Laurie estaba a mitad de la plaza, Hoffer se resguardó en el

quicio de un portal, ocultándose en las sombras. Sabía que no le hacía falta seguir más adelante; apenas vio rebasar a la muchacha la fuente, pudo darse cuenta de sus intenciones.

Laurie desapareció en el interior de un edificio construido doscientos años atrás, sobre cuya puerta principal se veía un rótulo brillantemente iluminado, que proclamaba era la central de Correos y Telégrafos. No le cabía ya la menor duda: Laurie iba a depositar un mensaje. ¿Para quién? ¿Por orden de quién?

Esperó pacientemente durante algunos minutos. Dos guardias de uniforme cruzaron la plaza en sentido transversal, haciendo sonar ruidosamente los clavos de sus botas. El rumor de las aguas de la fuente era continuo.

Los tacones de la joven repiquetearon sonoramente sobre las grandes losas del pavimento de la plaza. Laurie atravesó el espacio abierto, siguiendo un camino completamente a la inversa. Subió a la acera.

Hoffer dejó que Laurie llegase a su altura y le rebasara un paso. Entonces salió de su escondite y alargó la mano, asiendo el brazo de la joven.

—No tan deprisa, Laurie —dijo en voz baja—. Y no grite, por favor.

Ella se volvió como picada por un áspid, con los ojos llenos de miedo. Respiró aliviada al ver que se trataba de Hoffer.

—¡Ah, es usted! —exclamó—. ¡Qué susto me ha dado, Zisk! ¿Qué hace aquí?

—Seguirla a usted —respondió él, en tono ceñudo—. ¿No le parece que yo tengo más derecho que usted a formularle esa pregunta?

Laurie levantó la barbilla.

—Supongo que nadie me negará la indiscutible libertad de poner un telegrama a mí familia, participándoles que me encuentro bien y sin novedad, ¿no es cierto?

—Conforme —respondió él sin inmutarse—. Me parece que usted tiene perfectísimo derecho a informar a su familia de su excelente estado de salud. Sin embargo, nosotros tenemos el deber de comprobar la veracidad de sus manifestaciones.

Laurie retrocedió un paso.

—No lo hará usted —exclamó, indignadísima.

—¿Por qué no?

—El funcionario de Telégrafos se negará a ello.

—Le enseñaré un permiso del Presidente de la República. Verá si me enseña su telegrama o no, Laurie.

Ella se mordió los labios; harto sabía que Hoffer tenía toda la razón del mundo. Perteneciendo al Servicio Secreto, el telegrafista no podría negarse al requerimiento del joven. Y aun en el caso de que lo hiciera, el coronel Sultzau dejaría actuar el indiscutible peso de su autoridad.

—Está bien —manifestó en tono desalentado—. Le diré el contenido del telegrama. Está dirigido a un tal Andrea Teklos, de Graz, calle Wiener, 417.

—¿Y...?

—El texto es el siguiente: *Conseguida mercancía, envíe medio transporte recogerla mañana seis horas St. Margarethe.* Eso es todo, Zisk, puedo asegurárselo.

Hoffer se quedó mirando a la muchacha.

—¿Y nada más?

—¿Cómo que nada más? —se sulfuró ella—. ¿Qué otra cosa quería que le dijera?

—Nada, porque usted no conoce a Teklos, ¿no es cierto?

Laurie agachó la cabeza.

—Es inútil negarlo. No, no lo conozco. Ni siquiera sé quién es.

—Entonces, si deduzco que fue Lexter quien la envió a poner el mensaje, no diré ninguna barbaridad.

—Así es —confesó ella.

El joven reflexionó durante unos momentos, mientras repetía mentalmente el telegrama. Estaba claro que la palabra *mercancía* se refería a Mihályi y que tanto el profesor como Lexter debían ser recogidos por el desconocido Teklos en St. Margarethe, pequeña población situada a cuatro kilómetros al nordeste de Knittelfeld. Ahora bien, ¿cómo un agente del *Intelligence Service* iba a ser tan tonto para enviar un mensaje que podía ser descifrado en el acto por cualquiera? Y, sobre todo, indicando claramente el lugar y la hora de la reunión.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza —gruñó, descontento.

De pronto, una idea brilló en su mente.

—Es un engaño —gritó casi.

—¡Qué! ¿Cómo puede decir tal cosa? —preguntó la muchacha.

—Sencillamente... Pero no, volvamos al hotel; tenemos que estar allí cuanto antes. Vamos, Laurie; hemos de darnos mucha prisa.

—No le entiendo, Zisk... —murmuró ella, aturdida.

—Tampoco es necesario. Me entiendo yo y basta —agarró su brazo sin ninguna ceremonia y la remolcó a viva fuerza—. Corramos, Laurie, o no llegaremos a tiempo —y muy furioso, añadió—: Ese Lexter no es tan tonto como pensé.

En aquel momento, cuando apenas habían dado un par de pasos, oyeron el ruido de un automóvil que cruzaba la plaza a toda velocidad.

Hoffer se volvió instintivamente al escuchar el zumbido del motor. Sin saber por qué, se sintió asaltado por un siniestro presentimiento.

El coche salió de la plaza y enfiló la calle, acelerando aún más su marcha. La ventanilla posterior del coche estaba abierta de par en par.

Una mano enguantada asomó por la ventanilla. Las lámparas de las

farolas alumbraron por unos momentos el negro metal de una pistola.

CAPÍTULO XII

Hoffer pegó a la muchacha un fortísimo empellón y la derribó sobre la acera, al mismo tiempo que él se lanzaba hacia adelante. Una décima de segundo después, oyó un rápido crepitar de tonos muy bajos, simultáneamente con unos silbidos de inconfundible significado. El chasquido de las balas al estrellarse contra las paredes le puso los pelos de punta.

El coche se alejó tan rápidamente como había surgido Al llegar a la primera bocacalle, tomó la curva sobre dos ruedas, haciendo chillar las gomas gemebundamente. El motor protestó de modo ruidoso y por un momento, el vehículo pareció como si fuera a volcar. Pero su conductor debía ser muy hábil en el manejo de la máquina y consiguió dominarla sin más inconveniente. Unos segundos más tarde, había desaparecido por completo de la vista de los dos jóvenes.

Hoffer se puso en pie y ayudó a levantar a la muchacha.

—¿Está bien, Laurie?

La cara de la muchacha parecía Cubierta de una palidez de cera.

—No... no me ha pasado nada —contestó, temblando como hoja agitada por el viento—. Pero... ¿quiénes podían ser esos, Zisk?

—Imagíneselo —contestó Hoffer, ceñudo No había tenido tiempo ni de sacar su pistola—. Los amigos de «Cicatriz», si no era el mismo «Cicatriz» en persona.

—¡Dios mío! Ha sido horrible, Zisk. ¿Se ha dado cuenta de que intentaban matarnos?

—No lo hicieron por juego, efectivamente —dijo Hoffer, sombríamente —. De todas formas, tuve suerte de darme cuenta a tiempo de su maniobra. Pero ya no podemos hacer nada por capturarlos, de modo que lo mejor será que regresemos al hotel... y cuanto antes mejor.

Recorrieron el camino de vuelta casi a la carrera. Al cruzar el vestíbulo, Hoffer miró hacia su derecha. Frunció el ceño; el agente «sombra» que Sultzau había apostado en un rincón discreto, no estaba en su puesto. Sus sospechas aumentaron.

Subió corriendo la escalera y se dirigió rectamente al cuarto ocupado por Mihályi y Lexter. Abrió la puerta casi de un empellón y presionó el interruptor de la luz.

Lo primero, que vio fue que los lechos estaban desocupados, aunque con huellas visibles de haber sido abandonados no hacía mucho. Un segundo después, sus ojos captaron la imagen de un hombre tendido en el centro de la estancia.

Detrás de él, Laurie exhaló un gemido de pavor.

—¡Está muerto!

—No grite, por favor —rezongó Hoffer, arrodillándose al lado del caído. Le puso la mano sobre el pecho, comprobando, con no poco alivio, que el corazón latía normalmente. Luego tanteó su nuca, en la cual halló un bulto más que regular—. Le desmayaron de un golpe, sencillamente.

Se puso en pie y se dirigió hacia la salida.

—Trate de reanimarlo. Volveré enseguida.

Corrió hacia la habitación donde dormían Sultzau y Kersch. Encendió la luz, acto que bastó para despertarlos a los dos en el acto.

—¿Qué diablos sucede, Hoffer? —gruñó Sultzau, sentándose en el lecho, a la vez que se frotaba los ojos fuertemente.

—Nada bueno, señor —contestó el joven—. Lexter y el profesor han escapado.

—¡Imposible! —exclamó Kersch.

—Ven a verlo tú mismo. ¿Crees que tengo ganas de bromear?

Los dos hombres se tiraron del lecho casi simultáneamente. Envolviendo sus cuerpos en sendas batas, siguieron al joven hasta la habitación asignada a Lexter y Mihályi.

Laurie estaba arrodillada al lado de Paoli, quien ya había recobrado el conocimiento, aunque se quejaba de fuertes dolores en la cabeza.

—¿Qué es lo que ha sucedido, Paoli? —preguntó el coronel, bruscamente.

—Lo siento, señor… pero creo que ha sido mía la culpa.

—Explíquese, pronto.

Paoli hizo una mueca de dolor.



—¿A dónde va usted, Laurie?

—Estaba en el vestíbulo y recibí una llamada suya, ordenándome subir a esta habitación, con el fin de relevar al señor Lexter en la vigilancia del profesor.

—¿Qué yo le llamé? —rugió Sultzau—. Paoli, ¿se ha vuelto usted loco?

—Dejémosle que hable, señor —rogó Hoffer—. Continúe, Paoli, por favor.

—Me extrañó un poco la llamada, pero, como a fin de cuentas, se trataba de acentuar la vigilancia sobre el profesor, no se me ocurrió formular ninguna objeción. Bien, subí arriba, abrí la puerta… y ya no sé más, señor. Solo debo decirle que antes de abandonar mi puesto, debía haber comprobado la llamada, pero no se me ocurrió hacerlo, la verdad.

—Un momento —dijo Hoffer—. La voz que oyó usted a través del teléfono, ¿sonaba como la del coronel?

—A mí me lo pareció. Por eso subí a esta habitación.

Hoffer volvió la vista hacia Sultzau.

—No cabe la menor duda; Lexter es un tipo muy listo y supo imitar bien su voz, a fin de engañar a Paoli. Lexter no podía ignorar, aunque no se lo hubiéramos dicho, que las entradas y salidas del hotel tenían que estar vigiladas. Por eso recurrió a semejante ardid.

—¿Y Lieser? —preguntó Kersch, de pronto.

—Ese está en la puerta de servicio. Ni se habrá enterado siquiera. Lexter y el profesor debieron salir por la puerta principal con toda tranquilidad.

Sultzau se volvió hacia Kersch.

—El teléfono —dijo lacónicamente.

Kersch salió de la habitación sin formular una sola pregunta. Ya sabía lo que tenía que hacer: dar la alarma a fin de detener a los fugitivos.

—Hoffer —preguntó Sultzau—, ¿cómo supo usted o presumió, lo mismo da, que Lexter iba a llevarse al profesor consigo?

El joven dirigió una acusadora mirada hacia Laurie. Esta enrojeció.

—La señorita Spellton salió subrepticiamente con destino a la central de Correos y Telégrafos, a fin de cursar un mensaje que le había ordenado poner nuestro buen amigo Lexter.

—¿Es cierto eso? —preguntó Sultzau, acusadoramente.

—Sí, señor —respondió ella.

—Y usted la vio salir.

—Y la seguí, señor.

—¿Se enteró, al menos, del contenido del telegrama?

—Sí, señor —Hoffer citó el texto, así como el destinatario. Al terminar, dijo—: Cuando volvíamos, «Cicatriz» nos tiroteó. Salvamos el pellejo de milagro.

—Es usted una fuente continua de sorpresas para mí, Hoffer —expresó

el coronel, tironeándose del labio inferior con gesto preocupado—. Así que mañana a las seis, en Saint Margarethe.

—Sí, señor. O, por lo menos, eso es lo que dice el telegrama. Según la señorita Spellton, por supuesto.

—No he mentido —terció ella—. El telegrama dice exactamente las palabras que yo he citado.

—Pero, ¿por qué diablos iba a poner Lexter un telegrama tan sencillo? —exclamó Sultzau—. Él sabía que si lográbamos enterarnos, lo descifraríamos enseguida.

Es absurdo citar a un compañero de una forma tan clara. Podía haber usado una clave convenida de antemano... incluso podía haber despachado el telegrama desde el teléfono de su habitación, sin necesidad de molestar a la señorita Spellton.

—Acaso lo hizo para que la siguiéramos y nos enterásemos del contenido del telegrama —sugirió el joven.

Sultzau le miró con los ojos muy abiertos.

—¡Por Júpiter! Puede que sea verdad lo que está diciendo, Hoffer. En tal caso, el telegrama no sería más que una trampa.

—¿Qué clase de trampa, señor?

—¿No dice usted que les tirotearon? ¿Y si trataron de atraer, por lo menos, a la señorita Spellton a un lugar donde poder asesinarla con toda comodidad?

Hoffer pegó un respingo.

—¡Diablos! Eso significaría, nada menos, que el tal Lexter no es agente del I.S. ni nada que se le parezca y, en consecuencia, nos ha estado engañando como a unos chinos.

Sultzau abrió una boca de par en par.

—Santo Dios —dijo en voz muy baja.

Sobrevino un momento de silencio. Luego, el coronel hizo crujir los nudillos de sus manos.

—Hoffer, ¿qué hacemos? —Claramente se veía que estaba irresoluto y desconcertado.

—Lo primero, enviar gente a Saint Margarethe en número suficiente para poder vigilar a Lexter y al profesor Mihályi, es decir, suponiendo que estén todavía allí o piensen realmente acudir a aquella localidad. Y, lo segundo, largarnos en el acto hacia Mariasdorf. En uno de los dos sitios estarán, eso es seguro.

—Sí, pero, ¿qué hay en Mariasdorf que pueda llamarles tanto la atención?

Hoffer no pudo contestar a las preguntas. Kersch entró en aquel momento.

—He dado la alarma general, señor.

—Muy bien, Kersch —Sultzau se volvió hacia el joven—. Voy a

terminar de vestirme. Enviaré gente a Saint Margarethe, pero nosotros partiremos en el acto hacia Mariasdorf.

—Como usted quiera, señor —Hoffer hizo un gesto de resignación—. Otra noche en blanco —exclamó.

—Podrá dormir en el coche —dijo el coronel, al tiempo de salir de la habitación.

Paoli salió también. Los dos jóvenes quedaron frente a frente.

—Bueno —suspiró él—, ya puede ir en busca de su equipaje. Tenemos que marchar enseguida… es decir, si quiere acompañarnos.

—¿Qué remedio me queda? Después de los peligros que hemos pasado, por nada del mundo me perdería el final de esta excitante aventura.

—De modo que usted la llama excitante aventura, ¿eh?

—Por no calificarla de otro modo. Bien, me reuniré con usted en el vestíbulo.

Salieron de la habitación, yéndose cada uno a la suya, a fin de preparar el equipaje. En lo que a Hoffer se refería, consistía en un maletín con un pijama y los indispensables elementos de aseo.

Mientras metía todas las cosas dentro del maletín, su mente trabajaba activamente. Había algo en aquel asunto que no encajaba, una pieza del rompecabezas que no acababa de ajustar en su sitio, pese a su apariencia correcta. Pero no daba con la solución exacta y sabía que una vez la hubiese encontrado, el problema quedaría resuelto con claridad meridiana. Terminó de guardar los escasos objetos que llevaba y cerró el maletín. Agarró el asa y salió al pasillo, dirigiéndose a la puerta de la habitación en que se hallaba la muchacha.

Levantó la mano y se dispuso a golpear la puerta. En aquel momento encontró el detalle, claro, nítido, resplandeciente.

—Pero, ¿cómo diablos no habré sabido verlo? —exclamó.

Se lanzó como un loco hacia la habitación del coronel y abrió la puerta de un golpe.

—¡Hay que ir inmediatamente a Saint Margarethe! —exclamó, sin más preámbulos.

Sultzau y Kersch, ambos a medio vestir, le miraron con enorme asombro.

—¿Por qué? —preguntó el primero—. Ya he enviado gente allí…

—No importa, somos nosotros los que tenemos que ir, coronel.

—Vamos, vamos, explíquese, muchacho. ¿Acaso se ha vuelto loco?

—¿Loco? Nada de eso —rio el joven—. Lo que pasa es que Lexter, si se llama Lexter, es demasiado astuto. Y muy arriesgado, porque incluso no ha vacilado en enviar el telegrama con toda claridad, pensando en que nosotros no íbamos a ser tan tontos como para caer en la trampa, que no creeríamos que el tal Teklos acudiría a Saint Margarethe. Lexter calculó que nosotros creeríamos que el telegrama era un simple ardid y que

iríamos a Mariasdorf directamente, aunque enviando a uno o dos hombres a Saint Margarethe. Pero ahora sé por qué Teklos vendrá a esta ciudad y cómo vendrá, si es que ya no está viniendo.

—Explíquese de una vez y no me ande con rodeos —bramó Sultzau.

—A cinco kilómetros al este hay una gran planicie de tres kilómetros de largo por dos de ancho. En tiempo de guerra fue un campo de aviación para entrenamiento de los futuros pilotos de la Luftwaffe. Lexter está esperando un avión que lo conducirá, con el profesor Mihályi, a la frontera húngara, en menos de una hora. La distancia no es superior a los ciento setenta kilómetros, recuérdenlo.

Sultzau abrió la boca de par en par, estupefacto por las increíbles palabras del joven. Luego, de repente, entró en una actividad frenética.

—Vamos, Kersch, no se quede ahí parado. ¿Es que todavía está durmiendo? Si no atrapamos a esa pareja, si consiguen escapar, usted y yo acabaremos registrando maletas en alguna Aduana.

CAPÍTULO XIII

Bajo la luz de la luna, en menguante, la planicie parecía una gran bandeja de plata, brillante y silenciosa. La hierba crecía libremente por todas partes, incluso por entre los edificios en ruinas que antaño habían albergado personas y servicios cuando, en plena guerra, el aeródromo trabajaba día y noche a pleno rendimiento. Solo quedaban los muros de mampostería de los edificios, los cuales se iban desmoronando poco a poco; todo lo demás, puertas, ventanas, vidrios, viguería metálica, planchas de los tejados, en fin todo lo transportable, había desaparecido hacía muchísimos años, aprovechado por los habitantes de Saint Margarethe en los años duros y difíciles de la postguerra. Lo que antiguamente fue un bullicioso centro de continua actividad, era ahora un lugar de desolación, desierto y abandonado, en el que el único movimiento que se advertía era una leve ondulación de las hierbas al ser agitadas por la leve brisa nocturna.

Ocultos tras unos muros en ruinas, Sultzau, Kersch, Hoffer y Laurie aguardaban pacientemente. Un poco más atrás, igualmente escondidos, tenían los coches, ante cada uno de cuyos volantes, dispuestos a intervenir cuando se les ordenase, estaban Paoli y Lieser.

Hoffer consultó su reloj por enésima vez. Eran las cuatro y cuarto. La cita era a las seis, pero tenía la seguridad de que los sucesos, cualesquiera que fuesen, se producirían mucho antes. Si Lexter y los suyos iban a atravesar la frontera austrohúngara en avión, lo harían de noche o, por lo menos, con las primeras luces del alba, a fin de eludir una posible persecución desde el aire. Desde Saint Margarethe a la frontera había ciento setenta kilómetros por carretera, los cuales se reducían muchísimo más al ser recorridos desde el aire. Y era preciso tener en cuenta que una vez franqueada la divisoria, en Szombatély, por ejemplo, había un aeródromo en el cual podrían aterrizar sin ninguna dificultad. Si se tenía en cuenta que Szombatély estaba a solo quince kilómetros de la frontera, el resto de las deducciones se formulaban por sí solas.

De pronto, la mano de la muchacha se crispó sobre el brazo de Hoffer.

—Mire, Zisk —susurró a su oído.

El leve zumbido de un automóvil hirió sus tímpanos. Un coche venía del oeste, desde Saint Margarethe, rodando casi silenciosamente y con las luces apagadas. El coche recorrió el aeródromo en sentido longitudinal y acabó situándose en el extremo norte del mismo.

Pasaron unos minutos. De pronto, se oyó el suave ruido de un motor de avión que evolucionaba a gran altura sobre el lugar.

Los faros del coche se encendieron varias veces, siguiendo un ritmo preconcebido. El ruido del motor del avión se acentuó. Era evidente que el aparato iniciaba las evoluciones preliminares al descenso.

Hoffer se, acercó al coronel.

—El avión aterrizará ahí —dijo, señalando un punto situado casi frente a ellos—, cara al viento. Puesto que disponemos de dos automóviles, vamos a situarnos a ambos lados del aparato cuando reduzca la marcha, impidiéndole remontarse de nuevo. Entonces, los ocupantes del otro automóvil no tendrán otro remedio que rendirse.

—De acuerdo.

Hoffer corrió hacia uno de los automóviles y saltó a su interior.

—Cuando aterrice el aparato, arranca y procura situarte a su izquierda, Lieser.

—Está bien —contestó el agente, poniendo el motor en marcha.

—¡Paoli!

—¿Sí, Hoffer?

—Tú, a la derecha del avión. Cuando yo lo diga, ¿estamos? Si hay que disparar, hazlo contra las ruedas preferentemente. Si disparásemos contra el motor correríamos el riesgo de incendiar el aparato y, a ser posible, nos interesa cogerlos vivos.

—Entendido —contestó Paoli.

El avión era ya visible como una mancha negra en el cielo plateado. Lieser había puesto el motor en marcha y aguardaba únicamente el momento de entrar en acción.

El aparato dio una vuelta en torno al aeródromo. Luego, a muy baja altura, lo recorrió en toda su longitud, como si el piloto estuviese estudiando el terreno antes de decidirse a descender definitivamente. Se alejó rugiendo hacia el sur y luego viró en redondo.

El ruido del motor se atenuó de pronto.

—Preparado, Lieser —susurró el joven.

Tenía la vista fija en el avión, cuyo motor funcionaba cada vez con menos número de revoluciones. Las alas se ladearon ligeramente a derecha e izquierda. Súbitamente, el tren de aterrizaje entró en contacto con el suelo.

—¡Ahora! —gritó el joven—. ¡Vamos, Paoli!

Los dos automóviles salieron de su escondite, dirigiéndose a toda velocidad hacia el avión que pasaba en aquellos instantes frente a las ruinas, todavía con la cola levantada. Lieser aceleró al máximo, rodando por encima de un terreno, cuya lisura era más aparente que real. El coche saltaba y rebotaba como una barquilla en un mar agitado.

La rueda de cola del avión tocó el suelo. Entonces, Lieser pasó por detrás del aparato y viró hacia la derecha, procurando situarse a la misma altura del avión. Hoffer vio claramente el gesto de sorpresa del piloto al

darse cuenta de que estaba flanqueado por dos automóviles de identidad desconocida para él.

Los reflectores del otro aparato chispearon repetidas veces, enviando al piloto una señal de alarma. El piloto aceleró.

El ruido del motor del avión impedía lanzar un grito de advertencia. Hoffer solo podía hacer una cosa; sacó la pistola y empezó a disparar contra las ruedas.

El aceleramiento del motor hizo que el avión empezara a dejarles atrás. Al otro lado se escucharon unos estampidos; Paoli no utilizaba silenciador. Furioso, Hoffer apretó el gatillo hasta consumir las municiones del cargador.

Por un momento, pareció que el avión iba a conseguir remontarse. De pronto, empezó a tambalearse a un lado y a otro.

—¡Apártate a la izquierda, Lieser! —aulló el joven.

Lieser viró, separándose veinte metros del avión. El piloto intuyó la catástrofe y cortó el gas, a fin de evitar un incendio. El rugido del motor se atenuó en el acto.

El aeroplano continuó rodando todavía, aunque daba unos botes espantosos, falto de la amortiguación que le proporcionaban las gomas, ahora perforadas a balazos. De pronto se oyó un crujido tremendo.

Una de las patas del tren de aterrizaje acababa de quebrarse. El aeroplano se ladeó y el extremo del ala izquierda arrancó terrones de hierba, a la vez que se quebraba con enorme estallido. El motor se clavó, de pronto, en el suelo y la cola se levantó en un ángulo de más de cuarenta y cinco grados.

Lieser intentó frenar.

—¡No! —gritó Hoffer—. Es el automóvil el que nos interesa ahora. Corre a ver si podemos detenerle.

Lieser pisó el acelerador a fondo, lanzándose hacia adelante a toda velocidad. El otro automóvil arrancó en aquellos instantes en sentido contrarío, aunque procurando describir una enorme vuelta con el fin de esquivar la persecución de que era objeto.

—Tenemos que atraparles —gritó el joven.

Mientras Lieser se lanzaba en persecución del coche, Hoffer recargó la pistola. Paoli viró en ángulo recto, procurando obstaculizar, la huida de los forajidos.

Durante unos momentos, los tres automóviles evolucionaron por el aeródromo a toda velocidad. De pronto, Lieser consiguió situarse a la altura del coche perseguido.

—¡Cuidado! —gritó Hoffer.

Una lengua de fuego brilló en la ventanilla delantera del coche perseguido. El proyectil rompió un cristal con gran estruendo.

Hoffer se dijo que la hora de las contemplaciones había pasado. Se

trataba de defender su vida y la de su compañero. Apretó el gatillo y disparó, pero en aquel momento, el coche pegó un tremendo salto y su proyectil se perdió en el vacío.

Súbitamente, Paoli consiguió situarse al otro lado. El conductor del automóvil perseguido no pudo esquivar el acoso del otro agente. Paoli movió el volante hacia su izquierda, golpeando con su aleta delantera la del automóvil fugitivo.

—¡Apártate, Lieser! —chilló el joven.

Lieser obedeció oportunamente. El coche perseguido había perdido ya la dirección y se movía espantosamente a un lado y a otro. Su conductor intentó desesperadamente hacerse de nuevo con el mando del coche, pero no pudo conseguirlo. Súbitamente, el vehículo giró sobre sus ruedas traseras, atravesándose perpendicularmente a la dirección de marcha.

El automóvil volcó. Lanzado a más de cien kilómetros a la hora, dio unas cuantas volteretas, en medio de un espantoso fragor de hierros desgarrados y abollados, y cristales astillados. Pegó un par de saltos más y al fin acabó por detenerse, apoyado sobre el techo y con las ruedas girando lentamente en el aire.

Lieser frenó el coche y retrocedió hasta situarse a la altura del vehículo accidentado. Hoffer se tiró al suelo inmediatamente, mientras Lieser situaba su automóvil de modo que pudiera alumbrar la escena con los reflectores.

Hoffer se inclinó. El cuerpo de un hombre yacía hecho un ovillo entre los restos del vehículo. A pesar de la sangre que cubría su cara, pudo distinguir claramente una cicatriz en el lado izquierdo de la frente. No había nadie más en el interior del coche.

El joven alargó la mano y buscó alguna arteria. El corazón de Schaffer no latía ya.

Se incorporó lentamente, justo en el momento en que Paoli venía detrás de un individuo, que llevaba las manos en alto. Paoli le apuntaba con una pistola.

—Este es el piloto —dijo.

El sujeto parecía muy asustado. Sultzau, Kersch y Laurie llegaron segundos más tarde.

—«Cicatriz» ha muerto a consecuencia del golpe —anunció el joven.

—¿Estaba solo? —preguntó Sultzau.

—Sí, señor.

El coronel se mordió los labios.

—Ese Lexter nos la ha dado con queso —dijo—. Se ha sacudido a estos dos de encima y… —se volvió hacia el piloto—. ¿Cómo te llamas, amiguito?

—Fritz Lanner —contestó el hombre—. Pero yo no sé nada de esto —añadió. Estaba muy asustado.

—Eso ya nos lo aclararás más tarde —refunfuñó el coronel—. Ahora, cuéntanos, ¿qué es lo que tenías que hacer en este campo de aviación?

—Fui contratado para efectuar un vuelo, cuyo destino se me anunciaría ya en el aire —respondió Lanner—. Eso es todo lo que sé, se lo aseguro.

Paoli, Lieser y Kersch volcaron de costado el coche accidentado y sacaron el cuerpo de «Cicatriz» de su interior. Luego se dispusieron a registrarlo a conciencia.

—¿Y no te extrañó que tuvieras que volar a estas horas tan poco convenientes? —preguntó Hoffer.

Lanner se encogió de hombros.

—No es la primera vez que lo hago —contestó—. Algunos clientes son muy caprichosos.

—Pero cuando los reflectores de ese coche destellaron, tú intentaste escapar.

—Yo no me fijé en eso —contestó el aviador—. Bastante tenía con asegurarme un buen aterrizaje. Si intenté escapar es porque vi dos coches que me flanqueaban y temí que se tratase de algo sucio. Aquí, en Austria, ocurren siempre cosas muy raras.

—¿Cuánto te pagaron por el vuelo?

—Me entregaron cinco mil schillings. Al término del contrato, me pagarían otros tantos.

Hoffer volvió la vista hacia su jefe.

—Se ve que esta gente no escatima los cuartos. Bueno, ¿qué hacemos con Lanner?

—Nos lo llevaremos detenido hasta que se comprueben sus declaraciones —resolvió Sultzau.

—¡Pero yo soy inocente, yo no he hecho nada! —protestó el aviador airadamente.

—Tiempo tendremos de averiguarlo —respondió fríamente Sultzau—. A propósito, ¿quién te pagó?

—Me enviaron el dinero por correo, junto con una carta en la cual se me daban las instrucciones pertinentes. No sé más y, por otra parte, este es un género de trato muy corriente.

—¿Conoces a un tal Teklos? —preguntó Hoffer, de pronto.

—Ya lo creo. Es mi socio —respondió Lanner, prestamente—. Mejor dicho, yo lo soy suyo. La empresa está a su nombre, pero como él no podía venir, porque tenía otro vuelo para hoy, me envió a mí.

Hoffer empezó a pensar. Las palabras del aviador le habían preocupado muchísimo.

—¿Para dónde era el vuelo de Teklos?

—Para Bonn —respondió Lanner, sin vacilar.

Hoffer hizo un gesto de desaliento.

—No nos sirve —comentó—. Por un momento llegué a creer que el

vuelo era con destino a Mariasdorf.

—De lo que no cabe la menor duda —dijo el coronel—, es que el atraernos aquí, pese a sus suposiciones, Hoffer, no ha sido sino una especie de diversión. Hemos capturado a un pez gordo, indiscutiblemente —¿quién sabe si no fue un ardid para deshacerse de Schaffer, una vez obtenida de él toda la utilidad precisa? —; pero todavía falta el jefe de la banda.

—Tendremos que regresar a Knittelfeld a esperar los informes de los demás agentes —apuntó el joven.

—Sí —suspiró Sultzau, resignadamente—, creo que será lo mejor. Pero antes veremos qué es lo que encuentran esos en el coche.

Se acercaron al vehículo volcado. Kersch se incorporó al verlos, limpiándose las manos grasientas con un trozo de borra.

—No hemos hallado nada —dijo—. Sin embargo, sería conveniente desmontar el coche pieza a pieza.

—Muy bien. Hagan lo que puedan, mientras tanto. Nosotros regresamos a Knittelfeld y les enviaremos un par de mecánicos con el material necesario para desguazar el vehículo.

—Envíe también una ambulancia, señor —pidió Paoli.

—De acuerdo. Vamos, muchachos.

Montaron en uno de los automóviles y emprendieron el regreso a la ciudad, a la cual llegaron poco después de amanecer.

Hoffer estaba rendido. Sentíase satisfecho, aunque solo a medias, ya que habían podido evitar la huida de uno de los miembros más conspicuos de la banda, pero la desaparición de Lexter y de Mihályi le tenía sumamente preocupado.

A pesar de sus protestas, Lanner fue encerrado en la cárcel local, en espera de que se confirmasen sus declaraciones. Luego, regresaron al hotel.

—Voy a dormir —anunció Hoffer—. Si sigo cinco minutos más en pie, me caeré redondo al suelo.

—Bueno, si hay algo, ya le avisaré —contestó el coronel. Se volvió hacia la muchacha—. ¿Qué piensa hacer usted, señorita Spellton?

—Me gustaría tener el «Jaguar» para marcharme inmediatamente de aquí —contestó ella secamente—. Tantos jaleos empiezan a cansarme ya un poco, la verdad.

—Me lo imagino —respondió Sultzau—. Bien, váyase a descansar. A mediodía tendrá el coche listo, se lo aseguro.

—Es usted muy amable, coronel.

Sultzau se retiró. Hoffer y Laurie quedaron solos frente a frente.

—¿Es cierto que quiere marcharse tan pronto de Austria, Laurie? —preguntó él.

—Supongo que mis intenciones no ofrecerán la menor duda para usted, Zisk.

—Claro —dijo él melancólicamente—. Ya me imagino que después de

todo lo que ha pasado, estará ansiando disfrutar de un poco de paz y de tranquilidad.

—No lo sabe usted bien —contestó ella.

Hoffer lanzó un suspiro.

—Muy bien. Es un deseo muy lógico. De todas formas, antes de marcharse, descansará un poco.

—Por supuesto —una sonrisa dulcificó el semblante de la muchacha—. Le prometo despedirme de usted antes de irme, Zisk.

—De acuerdo —Hoffer estrechó calurosamente la mano de la muchacha —. Hasta luego.

—Hasta luego, Zisk.

CAPÍTULO XIV

Hoffer fue despertado cerca de mediodía por unos fuertes golpes dados en la puerta de su habitación.

—¿Quién es? —preguntó torpemente, sumido aún en las brumas del sueño.

—Vamos, despierte, perezoso. Tenemos noticias para usted.

Hoffer saltó de la cama y tras calzarse las zapatillas, se encaminó hacia la puerta, abriendo solamente una rendija. El coronel Sultzau, estaba al otro lado.

—Vístase, pronto. Ha ocurrido algo muy importante.

—¿De qué se trata?

—Lo verá enseguida. Estaremos en mi habitación.

—Sí, señor.

Hoffer volvió junto al lecho y empezó a vestirse apresuradamente. Se pasó primero una toalla húmeda por la cara, a fin de despejar las últimas telarañas del sueño y luego un peine por los cabellos. Se ajustó el nudo de la corbata de cualquier manera y luego salió corriendo en dirección a la habitación del coronel. Al llegar allí, se sintió enormemente sorprendido.

Sultzau estaba en compañía de dos personas, un hombre y una mujer. A la mujer la conocía: era Hansi. En cuanto al hombre, le resultó perfectamente desconocido.

—¡Hansi! —exclamó, atónito.

—Hola, Zisk —exclamó la opulenta rubia, favoreciéndole con un guiño amistoso.

Laurie estaba también en la habitación. Sin saber por qué, el guiño de Hansi la disgustó sobremanera, aunque permaneció callada.

Hoffer vio algo sobre una mesita, una serie de objetos cuya identidad no podía averiguar, ya que estaban cubiertos por un paño de color negro. Junto a la mesita estaban Paoli, Lieser y el capitán Kersch.

—Bien —dijo el coronel, evidentemente satisfecho del giro que iban tomando los acontecimientos—. Hoffer, tengo el gusto de presentarle al auténtico Barry Lexter.

—¡Barry Lexter! —exclamó el joven, enormemente sorprendido.

—Así es —respondió el interpelado—. Poseo documentación que no deja lugar a dudas. Además —miró hacia su izquierda—. Hansi puede certificar mis manifestaciones.

—No entiendo —respondió el joven—. Si usted es Lexter, ¿quién era el otro sujeto que se hacía pasar por usted?

—Es el individuo a quién nosotros conocemos por G-2. Mejor dicho, la

mitad de G-2, porque la otra mitad es... ¿se lo supone usted, Hoffer? —dijo el coronel.

El joven apretó los labios.

—Siempre dije que no estaba muy seguro de él —respondió—. Pero, ¿cómo es que ahora ha aparecido el auténtico Barry Lexter?

—G-2 nos secuestró a Hansi y a mí —respondió el aludido—. Hemos estado unos cuantos días prisioneros en una cabaña de las montañas. Salvo el hecho de que no podía hacer nada, el secuestro no ha tenido nada de desagradable —sonrió, mirando hacia la generosamente contorneada Hansi.

—Me lo imagino —respondió el joven secamente—. ¿Cómo consiguieron escapar?

—Bueno, cuando a dos sujetos se les encarga vigilar a una pareja y esa vigilancia dura varios días, el cansancio acaba por hacer su aparición tarde o temprano. Todo es cuestión de buscar un momento adecuado y de aprovecharlo.

—Y mientras tanto, G-2 se hacía pasar por usted —murmuró el joven reflexivamente—. De este modo, podía seguir nuestras pesquisar minuciosamente. Y, seguro además de que Hansi no podía delatarle, ya que el auténtico Lexter estaba encerrado. Pero dígame —preguntó de pronto—, ¿cómo le secuestraron?

—En la forma que ellos suelen hacerlo de ordinario. Un coche empujó al mío contra la cuneta y antes de que pudiera reaccionar, ya estaba encañonado por un par de pistolas. En una ocasión semejante, lo mejor es rendirse. Las resistencias heroicas, a veces, dan muy malos resultados.

—Se nota que es inglés —refunfuñó el joven—. *Wait and see.* Ver y esperar, ¿no?

—Es una excelente táctica —sonrió Lexter.

—¿Y Hansi?

Intervino la rubia.

—Recibí una llamada por teléfono. Barry quería verme para pasar juntos la tarde. Puesto que no tenía otra cosa que hacer —y Barry es un buen mozo, hay que reconocerlo—, accedí a su petición... y caí en la trampa.

—Lo que no entiendo es cómo no les mataron. Esa gente no suele tener compasión para con los prisioneros —dijo Hoffer.

—G-2 manifestó que nos guardaba como posibles rehenes por si algo les salía mal. Ahora bien, como nos escapamos... resulta imposible predecir lo que harán, excepto que es muy probable que vengan aquí.

—¿Por qué?

—Tienen que recoger algo, no sé qué.

—El precio de esto —dijo el coronel, levantando de pronto el paño que cubría la mesita.

Hoffer lanzó un silbido. Laurie sintió que perdía el aliento al ver las hileras de lingotes de oro colocados sobre la mesa, cuyo brillo dañaba las pupilas. No eran muy grandes los lingotes y, además, estaban fundidos en unos moldes de burda conformación, pero el joven estimó que su peso total podía ser de unos cincuenta kilos. Si se contaba al precio de Bolsa del oro, esto es, a treinta y cinco dólares la onza de metal fino, entonces había allí una cantidad superior a los cincuenta mil dólares. Pero puesto que era una partida de metal destinada a ser cambalacheada en el mercado negro, no era extraño suponer que su precio debía ser por lo menos el doble.

—Estaba en un doble fondo del automóvil volcado —dijo el coronel.

—Lo cual significa que el enviar a «Cicatriz» a aquel aeródromo no fue un ardid para deshacerse de él, como pensábamos.

—Así es, Hoffer.

El joven se acercó a los ladrillos de oro, sumamente pensativo. Había allí algo que no acababa de gustarle. ¿Cómo podían ser tan descuidados unos contrabandistas de metales preciosos? Aquello era absurdo, estúpido; ni el más tonto hubiese actuado de aquella manera.

Algo le golpeó la mente con fuerza repentina. Volviéndose en redondo, preguntó:

—¿Quién tiene una navaja?

Kersch le entregó una. Hoffer asió uno de los lingotes y, presionando con el filo del acero, arrancó una larga viruta, dorada por uno de sus lados y gris brillante por el otro.

Sonó una unánime exclamación de asombro:

—¡Maldición! ¡Es plomo! —gritó Sultzau.

—Schaffer fue engañado. Nosotros fuimos engañados —declaró el joven —. Y G-2 sigue en libertad.

—¡Pero el profesor Mihályi fue objeto de un intento de secuestro! —exclamó Kersch—. Tú mismo lo viste, Zisk.

—Fue algo preparado, a fin de cubrirse las espaldas y poder seguir actuando con mayor impunidad si conseguíamos echarle el guante.

—¿Y por qué fueron a Reimüller?

—Seguramente, a fin de despistarnos y confundirnos.

—Pero, bueno —exclamó Laurie—, ¿puede saberse qué hacen ellos con el oro?

—Lo sacan clandestinamente de Hungría y lo cambian aquí por moneda fuerte. Las divisas son muy escasas en Hungría y esta banda las vendía a cambio de oro. El que quiere moneda occidental, ya se espabila en buscar oro como sea.

—De modo que Mihályi alardeaba de ser un perseguido político a fin de poder realizar mejor sus trapacerías —comentó la muchacha.

—Ni más ni menos —respondió Hoffer.

—Pero Lexter, es decir, el hombre que se hace pasar por Lexter, y

Mihályi, siguen en libertad —alegó Kersch.

—Es cierto, aunque a partir de ahora les va a resultar muy difícil pasar la frontera —habló Sultzau—. Hemos dado orden de vigilar atentamente todos los aeropuertos y hemos prohibido asimismo el alquiler de avionetas particulares, a personas cuya identidad no esté suficientemente establecida.

Lexter intervino de pronto:

—Sin embargo, lo que ustedes ignoran es que la pareja que se oculta bajo la identidad de G-2 va a venir a Knittelfeld.

—¿Cómo lo sabe usted, Lexter?

—Se lo saqué a mis custodios, después de que los papeles respectivos se hubieron invertido. Me costó un poco, pero cuando empecé a utilizar mis particulares métodos persuasivos, soltaron todo lo que sabían. Mi doble y el profesor han de acudir a esta ciudad. Entregarán el oro —esa falsificación que hay sobre la mesa fue una engañifa destinada a Schaffer, con el fin de deshacerse de él— y recibirán a cambio unos lindos fajos de libras esterlinas o dólares o marcos. Luego, realizado el cambalache, se irán por otra parte, sin prisas, con toda tranquilidad, pensando que ustedes están en Mariasdorf, adonde les enviaron deliberadamente por medio de aquella agenda de notas que usted capturó al fingidamente desvanecido Hans Müller.

Hoffer lanzó un silbido de asombro.

—Son endiabladamente listos —reconoció, a su pesar—. Y fueron capaces de hacemos ir a Reimüller, solamente para desorientarnos.

—Yo diría más bien que para ponerles fuera de la circulación —apuntó el inglés—. Convendrá conmigo en que el lugar es ideal para ello.

—Por cierto que sí. Pero, ¿por qué disparó el falso Lexter contra el sujeto que nos encañonaba con una pistola en medio de la carretera? Esto es algo que no he podido comprender todavía. Si quería detenernos, ¿cómo nos facilitó luego la huida, matando a uno de sus propios compañeros?

—Esa pareja de criminales no tiene escrúpulos —respondió Lexter—. No les importa matar a uno de los suyos con tal de conseguir lo que a ellos les importa. Posiblemente querían adormecer su confianza, pero luego, al darse cuenta de que Schaffer había fallado en matar a la señorita Spellton, decidieron dejarles marchar, con ellos, claro está, sin el menor inconveniente. Así, a la vez que se cubrían, eludían de paso toda sospecha.

Hoffer miró al coronel.

—Es posible que el señor Lexter tenga razón, señor —manifestó. Luego dirigió la mirada hacia la muchacha—. Su inesperada escapatoria de las garras de Schaffer alteró ligeramente sus planes...

—No me lo recuerde, se lo suplico —Laurie sufrió un fuerte estremecimiento. Aún creía verse al borde del parapeto, a cien metros de altura sobre el Ingering.

—Pero, como sea, el caso es que esos archicriminales están libres.

—Por poco tiempo —dijo Sultzau—. Si van a venir a Knittelfeld para recoger el oro a cambio de los billetes, deberán dejarse ver a la fuerza.

—Y este debe ser su último golpe, cuando se han quitado de en medio a Schaffer, que era el brazo derecho de la pareja.

—Así lo creo yo —opinó el coronel—. De todas formas, las salidas de la ciudad están estrechamente vigiladas. No creo que puedan escapar esta vez.

—¿Qué vamos a hacer mientras tanto? —preguntó Hoffer.

—Esperar, no nos queda otro remedio. En modo alguno debemos dejarnos ver fuera del hotel. Si nos descubrieran, podríamos asegurar sin temor a errar que habíamos perdido la partida.

—Sin embargo, coronel —dijo Lexter—, hay una persona que sí debiera salir.

Sultzau miró al británico.

—A la señorita Spellton. Convendría que la viesen y trataran de seguirla. Ella conoce a los dos, al falso Lexter y al profesor Mihályi. Entonces, estos saldrían de su escondite y…

Hoffer miró hacia la muchacha. Laurie negó con la cabeza.

—Rechazo la protesta enérgicamente. No quiero más sustos. «Cicatriz» trató de matarme. Anoche volvieron a tirotearnos… No, no y no, rotundamente, no.

Lexter abrió las manos, haciendo un gesto de resignación.

—En fin, qué Se le va a hacer —dijo—. Pero su ayuda resultaría inestimable para nosotros, señorita Spellton.

—Olvídelo, señor Lexter —contestó ella secamente.

Y se acercó a la ventana, con los brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido. De pronto lanzó una exclamación:

—Están vigilando el hotel.

Hoffer y Lexter saltaron hacia la ventana y miraron a través de los vidrios. El segundo dijo:

—Conozco al tipo. Suele usar un ramo de flores para esconder en él el micrófono de una pequeña emisora de radio, por medio de la cual avisa a sus compinches.

Hoffer agarró el brazo de la muchacha y la miró con ojos brillantes.

—Tiene que ayudarnos, Laurie. Mihályi y su compinche tratarán de seguirla; incluso querrán secuestrarla, a fin de convertirla en rehén para asegurarse su salida de Austria. No podemos desperdiciar esta ocasión, Laurie; si usted no nos ayuda, nuestros esfuerzos se habrán perdido.

Laurie hizo un gesto de enojo.

—Pero… Está bien —dijo, al cabo, rindiéndose—. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Solamente una cosa: salir del hotel y caminar tranquilamente. El

espía informará de su salida y de la dirección que toma. Eso es suficiente; del resto nos encargaremos nosotros... y despreocúpese de todo; nadie la causará el menor daño. Kersch, cuando yo te diga, da la vuelta al hotel y procura sorprender al tipo del ramo de flores. Colócale una pistola en un costado y dile que siga transmitiendo normalmente, ¿has entendido?

—Conforme.

—Yo alertaré al resto de mis hombres para que cierren todas las salidas de la ciudad —ofreció el coronel.

—Muy bien. ¿Cuándo he de salir? —preguntó la muchacha.

—Ahora mismo —resolvió Hoffer—. Cuanto menos tiempo perdamos, mejor para todos.

—De acuerdo.

—Esperen un momento —dijo Kersch—. Voy a dar la vuelta al hotel. Quiero sorprender al informador cuando esté entretenido vigilando la salida de la señorita Spellton. Así no me verá acercarme a él —consultó su reloj—. Salga dentro de tres minutos, exactamente, señorita.

Kersch salió de la estancia. A los tres minutos exactos, Laurie le siguió.

Hoffer permaneció en la ventana hasta que la muchacha hubo salido a la calle. En aquel instante, el hombre de las gafas de color, se acercó el ramo de flores a la nariz. Apenas lo había hecho, Kersch se le aproximó por detrás y le encañonó con su pistola, inmovilizándolo antes de que tuviera tiempo de darse cuenta de su presencia.

Hoffer dio media vuelta y echó a correr. Cuando llegó a la calle se acercó a la pareja.

—¿Tiene coche este tipo?

—Sí —contestó Kersch.

—Muy bien. Él nos llevará —miró duramente al individuo—. Vas a seguir informando de los menores movimientos de la señorita Spellton —dijo—. Si pronuncias una sola palabra comprometedora, te volaré la cabeza. ¿Has entendido?

El sujeto estaba aterrorizado y no supo hacer otra cosa que asentir en silencio. Mientras lo llevaban hacia el coche, Hoffer miró adelante y vio que Laurie doblaba una esquina en aquel momento.

—Aprisa —dijo.

Metieron al individuo en el coche y arrancaron lentamente. Al llegar a la esquina divisaron a un automóvil negro que se acercaba lentamente al bordillo de la acera por la cual caminaba la muchacha.

Hoffer pisó el acelerador y lanzó el coche contra el de los rufianes, estrellando los dos vehículos con gran estruendo. El golpe, sin embargo, no resultó demasiado fuerte, dado que el automóvil de Hoffer no había podido adquirir demasiada velocidad a causa de la corta distancia.

El joven se agarró al volante para resistir el golpe. Pero apenas se produjo, abrió la portezuela y saltó al suelo.

—¡Corra, Laurie! —gritó.

La muchacha obedeció sin pérdida de tiempo. En el mismo instante, la puerta del automóvil negro se abrió y un hombre saltó al suelo, pistola en mano. Era el falso Lexter.

Hoffer se agachó al sonar el primer tiro. Por encima de su cabeza sonó otro disparo.

El falso Lexter se tambaleó. Miró con odio a los dos agentes y luego, lentamente, cayó al suelo, quedando completamente inmóvil sobre el asfalto.

Hoffer se incorporó y dio la vuelta al coche, en el momento en que Mihályi pretendía escapar. El joven le dio un golpe con el cañón de la pistola en el cráneo y Mihályi se desplomó redondo.

—Asunto concluido —exclamó, satisfecho.

EPÍLOGO

Precedido por las aullantes sirenas de las motocicletas, el coche recorrió rápidamente los veintidós kilómetros que separan Viena de su aeropuerto. Hoffer y Laurie viajaban en el mismo vehículo.

—Debiera haber regresado en su «Jaguar», tranquilamente, sin prisas, disfrutando del paisaje —dijo él.

—Por favor, en otra ocasión —respondió Laurie—. En estos momentos, solo siento deseos de regresar cuanto antes a mí casa y tranquilizar un poco mis nervios. Ya me enviarán el coche por medio de una agencia.

—Pero sus vacaciones han sido interrumpidas a la mitad —alegó Hoffer desesperadamente.

—Ya las continuaré en mi país. Además, todavía estamos en primavera. Hay tiempo de reanudarlas en el verano, ¿no es cierto?

—Bueno —dijo él, no muy confundido—. De todas formas, no podrá quejarse; han sido unas vacaciones muy distraídas.

—Demasiado —sonrió ella.

—El Departamento le pagará unas vacaciones de cuatro semanas cuando quiera —dijo él insinuantemente—. Es lo menos que podemos hacer por usted, después de la inestimable ayuda que nos ha prestado.

—No trate de seducirme —sonrió ella—. A propósito, ¿cuánto era el monto total del contrabando?

—Unos sesenta kilos de oro y cerca de treinta mil libras esterlinas en billetes.

—Una bonita fortuna —comentó Laurie, apagadamente.

—Sí —Hoffer lanzó un gran suspiro—. Estamos sobre un volcán en continua erupción, pero del cual no se ve nunca el fuego. Espías, agentes de todas clases, contrabandistas de todo lo que se puede contrabandear… Esta era una de las peores bandas, sin embargo, no solo por su falta de piedad, sino porque encubrían sus hazañas bajo una capa de política.

La muchacha arrojó una mirada a través de la ventanilla. La carretera estaba flanqueada por innumerables talleres de marmolistas. Lápidas, cruces, estatuas, inscripciones, grupos escultóricos, panteones montados dispuestos para ser trasladados en su día al cementerio… Desde Viena al aeropuerto, la carretera corría a lo largo de centenares de talleres de tal clase.

Pero ellos eran jóvenes. Hoffer dijo:

—Laurie, me gustaría ir a verla cuando haga sus vacaciones.

Ella le dirigió una mirada singular.

—Estaré esperándole, Zisk —contestó.

Se miraron a los ojos en silencio. Hoffer sonrió al cabo.

—¿Sabe que estuve rezando al Santo de Reimüller? ¿Se imagina para qué?

Laurie se sonrojó. Muy bajito, contestó:

—Me parece que no fue usted solo, Zisk.

FIN



SILENCIO SOBRE MI TUMBA

—Yo sé bien lo que vale ahora mi silencio. Anoche no valía mucho, pero hoy es diferente.

—¿En qué estriba la diferencia?

—Mac Faden ha muerto.

La noticia pareció sorprender a la cuadrilla, pero no a Bridgman, que no perdió un ápice de su estudiada ecuanimidad «británica».

—¡Eso es mentira! —chilló Watson hinchando las venas del cuello, mientras sus saltones ojos parecían próximos a salir de las órbitas—. Apenas le dimos un golpe lo suficientemente fuerte para que se estuviera quieto. ¡No le matamos!

—¡Cállate, Ralph, imbécil! —rugió Bridgman—. ¿Por qué no sales a la ventana a gritar más para que todos te oigan? Es verdad, Mac Faden ha muerto. Eso era lo que venía a deciros, que vuestro pequeño golpe no fue tan pequeño y el viejo se ha ido creándonos un compromiso. Y ahora tratemos el asunto sin chillar ni ponernos nerviosos. ¿Quién golpeó a Mac Faden?

El misterio se cierne sobre los muertos...
La inquietud atenaza a los que viven aún...

Si usted ama las emociones fuertes no deje de leer

SILENCIO SOBRE MI TUMBA

¡Próximo número de Colección SERVICIO SECRETO!







EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain